Claude Couffon

Orihuela y Miguel Hernández

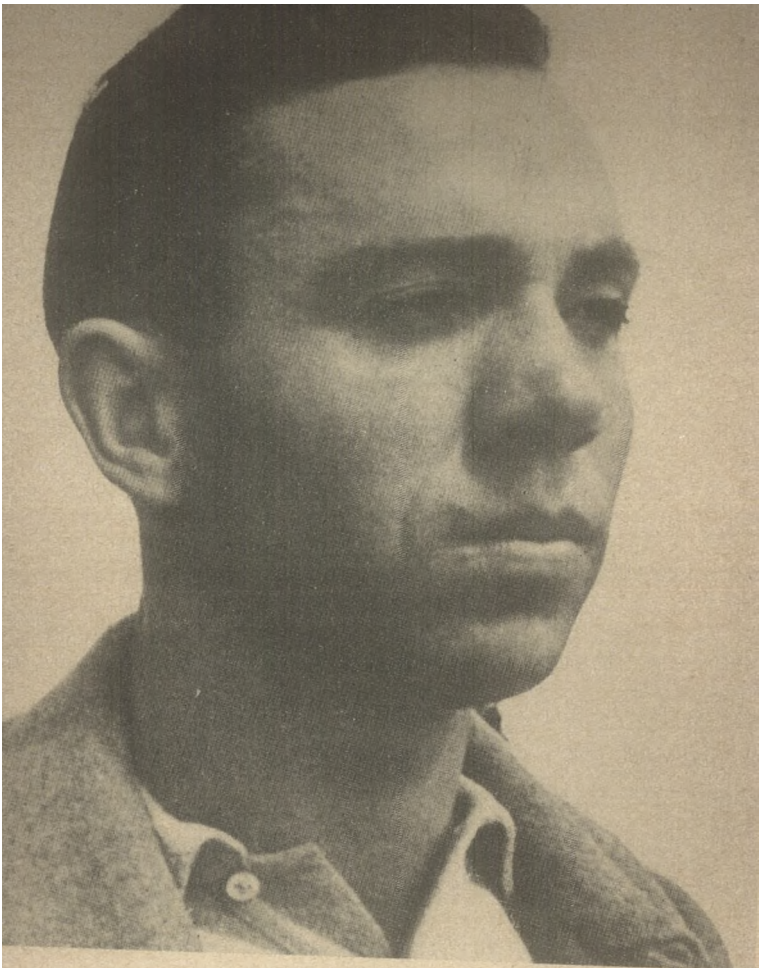
Losada

Biblioteca clásica y contemporánea

B

ORIHUELA Y MIGUEL HERNÁNDEZ

El original francés ha sido editado por el "Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques", de París, en su colección "Enquêtes Littéraires", dirigida por el profesor de la Sorbona Charles V. Aubrun.



CLAUDE COUFFON

ORIHUELA Y MIGUEL HERNANDEZ

Traducción de
ALFREDO VARELA

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Edición expresamente autorizada para la
BIBLIOTECA CLASICA Y CONTEMPORANEA

Adquiridos los derechos exclusivos
para todos los países de habla española

Título del original francés:
Orihuela et Miguel Hernández.
© Seghers, París, 1963

Marca y características gráficas registradas
en la Oficina de Patentes y Marcas de la Nación

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1967

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

Este libro se terminó de imprimir
el día 30 de agosto de 1967,
en las prensas de GRAFICOLOR S. A.
Humberto Iº 2357, Buenos Aires

Al profesor Charles V. Aubrun.
Su amigo

C. C.

ORIHUELA Y EL RECUERDO DE MIGUEL HERNÁNDEZ

1

De Murcia a Orihuela, la ruta angosta y polvorienta avanza entre un paisaje chato que abre en abanico sus vergeles y sus huertos entre campos de cereales aún en hierba. A nuestro alrededor y adelante, por todas partes, triunfa el verde: verde azafranado de los limoneros y de los naranjos, verde suave y brillante de las moreras, verde intenso de las eras de habas, verde negro de los olivos, verde áspero de los cactos y verde arrogante de las palmeras. A lo lejos, contrastando con tanta frescura y lujuria, las últimas escarpaduras de la sierra de Orihuela obstruyen el horizonte con su masa marrón y violeta bajo un cielo azul pastel.

Ya a punto de llegar a las primeras casas de la ciudad, abandonamos la ruta directa para bifurcar, a la izquierda, en dirección de Alicante:

—Vamos a subir hasta el túnel —me dice mi compañero de viaje, don Antonio de Hoyos, profesor de la Universidad de Murcia—. Desde allá arriba usted verá mejor el palmeral.

Franqueado el túnel, descubrimos, en efecto, el palmeral, magnífico con su apariencia de oasis africano. Sorprendido a esta distancia y desde esta altura, se parece a esos recortes de cartón, de líneas estilizadas, que a los niños juiciosos les gusta ensamblar. Más allá, la huerta [1] prosigue su verde carrera hacia el mar contorneando los oteros terrosos de las aldeas. A medida que descendemos hacia Orihuela, noto que las palmeras no forman una plantación como en Elche, por ejemplo, sino que encuadran campos de trigo o de tierras desnudas, delimitadas a cordel, sin huecos ni protuberancias, preparadas para el cultivo. Aquí, todo deja la impresión de un extremo cuidado. Entre los campos y las avenidas de palmeras brillan los canales de regadío. Son los que permiten subsistir a la rica llanura en esta región donde la lluvia cae raramente.

A la entrada de la ciudad pasamos bajo un antiguo arco que exhibe el escudo de armas de Orihuela y veo aparecer el Colegio Santo Domingo, en el que a fines del siglo pasado estudió —o se aburrió— Gabriel Miró [2]. La fachada, austera, con un portal

[1] [En español en el original. Como es sabido, así son denominadas comarcas enteras cruzadas por canales de riego derivados de un río: el Turia, en la famosa huerta de Valencia, o el Segura, en la huerta de Murcia. *(N. del T.)*]

[2] De 1886 a 1891. Mientras escribo estas líneas tengo ante mí el número especial de *El clamor de la verdad* (Orihuela, 2 de octubre de 1932), que publicaron los jóvenes intelectuales de la ciudad con motivo de la inauguración del busto de Gabriel Miró,

barroco, es de un rosa salmón que recuerda el de los palacios de Roma. Nos hundimos en callejuelas estrechas, apacibles, con casas cuidadosamente encaladas, algunas amarillas, verdes, azules o rosadas, pero la mayor parte ocres, color de tierra, como si este gran poblado rural deseara reflejar simbólicamente la substancia de la que extrae su riqueza. Aquí y allá, algunas fachadas suntuosas muestran sus miradores o sus balcones de extravagantes rejas. Constato que esas rejas están vacías, sin flores ni follaje, sin esos geranios o esas plantas verdes que dan encanto a las casas andaluzas. Aquí, simplemente, una larga palma seca se lanza a veces con

---

dos años después de la muerte del gran prosista. En el sumario: una crónica firmada por El Anti Alba Longa: *Gabriel Arcángel*; María Cegarra Salcedo: *3 Poemas*; José María Ballesteros: *Orihuela y Gabriel Miró*; Antonio Oliver Belmas: *El cuerpo derruido* (reflexiones sobre la muerte); Julio Bernácer: *Estampa mironiana*; Ramón Sijé: *Geografía de un claustro* (el del Colegio Santo Domingo); Raimundo de los Reyes: *Orihuela, principio y término de Sigüenza.* Las dos páginas centrales presentan una "hoja de poesía": Carmen Conde: *Dolor de la Meditación* y *Barco en marcha*; Miguel Hernández: *Limón* (poema) y *Yo. La madre mía* (poema en prosa) —como estas dos composiciones figuran en las *Obras Completas* del poeta (Editorial Losada, Buenos Aires, 1960), no las reproduzco en este pequeño volumen—; José María Pina Brotons: *En la puerta...*; Carlos Martínez Barbeito: *Voces de silencio.* Fotografías de Gabriel Miró, de la fachada y del claustro del Colegio Santo Domingo, del busto de Gabriel Miró que orna la Glorieta que lleva su nombre, obra del escultor murciano Seiquer Zanón. Además, la revista anuncia la publicación de las *Obras Completas* de J. M. Ballesteros, y de *Perito en lunas* de Miguel Hernández. Quedo agradecido a don Francisco Giménez Mateo, maestro de escuela en Orihuela, que me ha ofrecido este documento.

elegancia de un extremo al otro de un balcón. Orihuela está hecha a la imagen de su huerta: allí donde legumbres y frutas reinan tiránicamente, las flores no tienen carta de ciudadanía. ¡Extraña sensación! Porque tras tanto pudor y austeridad exterior, creo sorprender un latido secreto, un calor humano, un gusto de vivir, que no puede desmentir este voluptuoso olor de limoneros y naranjos que flota sobre la ciudad.

Bruscamente, al extremo de una pequeña plaza soleada, un vasto patio despliega ese lujo de verdor del cual yo creía enteramente desprovista a Orihuela: entre hiedras en macetas y arbustos de ramas entrelazadas, una palmera alza altivamente su tronco flexible sobre una hilera de ventanas que se retraen tímidamente tras sus persianas verdes.

—Es el palacio episcopal —me dice Antonio de Hoyos—. El del obispo leproso que inspiró a Gabriel Miró [3].

Frente al palacio, la Catedral parece una fortaleza, con sus muros casi sin esculturas, también color tierra, y su ventruda torre coronada por tejas redondas y azules. Pesadas campanas de bronce verde, ostensibles, son el único ornamento de esta ciudadela religiosa.

Atravesamos un puente y diviso las aguas de esmeralda del Segura, fecundador de la huerta. So-

[3] Dos de las mejores novelas de Gabriel Miró tienen como marco a Orihuela ("Oleza"): *Nuestro Padre San Daniel* (1921) y *El obispo leproso* (1926).

bre cada orilla que bordea una vegetación de cañas, las viejas casas bañan coquetonamente en el río sus muros blanqueados.

Nuestro coche se detiene no lejos de allí, ante los altos cristales del Casino.

—Voy a consultar a los hermanos Escudero —me anuncia Antonio de Hoyos—. Ellos conocen a todo el mundo en Orihuela. Podrán decirme si aquí quedan amigos de Miguel Hernández...

Fue anoche, en Murcia, mientras leía la revista *Oleza,* publicada de vez en cuando en Orihuela, cuando se me ocurrió la idea de hacer esta encuesta. Estaba contemplando con ojos adormilados algunas fotografías referentes a la vida local, cuando mi mirada se detuvo sorprendida en estos títulos: "*Las cuartillas que leyó Miguel Hernández* [4]*; Ramón Sijé y Miguel Hernández; Carta de Miguel Hernández a Carlos Fenoll*" [5]. Ilustraba el conjunto una fotografía del poeta inaugurando la plaza Ramón Sijé, de Orihuela, en 1936 [6]. Un poco más allá, en la misma revista —fechada, no lo había dicho, en junio de 1961—, un viejo compañero de Miguel

[4] Ver págs. 47-49.

[5] Ver pág. 180. Esta carta ha sido publicada íntegramente por la revista *Insula,* Madrid, Nº 168, 15/11/1960, y fragmentariamente por Concha Zardoya en su excelente estudio: *Miguel Hernández,* Hispanic Institute, New York, 1955. Aunque no sea inédita, la reproduzco a mi vez porque aclara admirablemente una parte de la vida del poeta.

[6] Ver pág. 49.

Hernández, Álvaro Botella, presentando un poema inédito [7] que le había dedicado Miguel, trazaba de él este retrato preciso: "...Te diré que era alto, de huesos muy fuertes y, en consecuencia, ancho de hombros; con brazos inmensamente largos y siempre pegados a las caderas, casi inmóviles cuando caminaba; avanzaba con el cuerpo muy derecho; sus manos eran grandes, rústicas —ése es el término—, con movimientos indecisos. Su cabeza se erguía animosamente sobre sus hombros; miraba derecho a los ojos y del conjunto de su rostro se destacaba una mirada infantil, un poco tímida, procedente de dos ojos redondos y muy movedizos; cuando un hecho impresionaba su corazón o su inteligencia, en sus mejillas se encendía cierto rubor. Era descuidado en el vestir, libre en su conversación, valeroso y decidido en sus juicios y apasionado hasta la temeridad..."

Así, veinte años después de la muerte de Miguel Hernández, Orihuela, su ciudad natal, parecía conservar intacto su recuerdo. Es cierto que Orihuela había sido para el "poeta pastor" mucho más que una simple ciudad donde naciera el 30 de octubre de 1910 [8]. En Orihuela había pasado sus años de infancia y de juventud, hecho cortos estudios, frecuentado sus primeros maestros, escrito y publicado sus primeros poemas. También allí, una vez llegado

[7] Ver pág. 176.
[8] Ver en pág. 64 la copia del acta de nacimiento.

Paisaje de Orihuela.

Orihuela. La calle San Juan y el convento. (Primer plano, izquierda, la casa natal de Miguel Hernández.)

a la edad de hombre, había vivido una exaltante y a veces dolorosa novela de amor con una joven hija del pueblo, afectuosa y altiva, a la que él debía finalmente desposar y cantar en tantos versos inolvidables: Josefina Manresa. También en Orihuela, ay, el genio del mal velaba para tronchar esta existencia pura y entonces desbordante de originales fuerzas creadoras. Es sabido que, terminada la guerra civil —una guerra perdida, para él y para los suyos—, Miguel Hernández fue arrestado y después liberado. De regreso en su patria chica en búsqueda de su familia y de sus recuerdos, había sido reconocido y arrestado nuevamente cuando salía de una casa amiga. Y es así que, condenado a muerte por el Tribunal Militar de Madrid, pena conmutada luego por la de treinta años de prisión, se había extinguido finalmente, roído por la tuberculosis, en la penitenciaría de Alicante, al alba de ese triste 28 de marzo de 1942...[9].

¿Quedan realmente amigos del poeta en este poblado apacible? ¿O bien yo me he dejado cazar en la trampa de algunos documentos encontrados y publicados por un director de revista aficionado a la poesía? No tardaré en saberlo, porque ya Antonio de Hoyos avanza hacia mí. Elegantes y sonrientes, lo acompañan los hermanos Escudero:

—Vamos a casa de Vicente Hernández —me di-

[9] Ver en pág. 65 la copia del acta de defunción.

cen ellos—. Es el hermano de Miguel. Vive muy cerca de aquí...

En el barrio de Monserrat donde todas las casas se parecen, Vicente Hernández habita en una morada modesta y silenciosa. Es un hombre de baja estatura, tímido y sencillo, de rasgos acentuados como los de Miguel y sin embargo muy diferentes. Vicente Hernández ha permanecido fiel a su destino de campesino. Con una tranquila voz de hombre de la tierra, cortada por largos silencios durante los cuales escruta su pasado, me habla de sus padres y de su infancia en Orihuela:

—Mi padre [10] era cabrero. Mi madre [11] se ocupaba de la casa. Éramos cuatro hijos. Dos varones, Miguel y yo; y dos mujeres, Elvira y Encarnación. Yo era el mayor.

—¿Qué recuerdos conserva usted de sus primeros años?

—El de una mudanza, el día en que nosotros abandonamos la calle San Juan, donde habíamos nacido Miguel, Elvira y yo, para instalarnos en la calle Arriba. Mi padre había decidido que tendríamos su mismo oficio. Era un hombre muy duro, autoritario, hasta violento si alguien se oponía a su voluntad... En esta nueva casa fue donde Miguel comenzó a ayudarme a cuidar las cabras. En los primeros tiempos, como todavía era muy peque-

[10] Miguel Hernández Sánchez.
[11] Concepción Gilabert Giner.

ño, se quedaba en el patio con las madres y sus crías y yo conducía al grueso del rebaño a la huerta. A él le gustaba pasar horas enteras sentado cerca de los animales, sin moverse, mirándolos.

—¿Él iba a la escuela, en ese entonces?

—Sí, a dos pasos de nuestra casa, a la escuela del Ave María. Era una dependencia destinada a nosotros, los niños pobres del barrio, del Colegio Santo Domingo, atendido por los jesuitas. El preceptor, don Ignacio Gutiérrez Tienda, de Granada, era un buen maestro, tranquilo, comprensivo, discípulo del padre Manjón...

—No, pero lo estimaba porque era buen alumno. Y sin embargo, Miguel no podía estudiar nada: apenas de regreso de la escuela, mi padre lo obligaba a encerrarse en el patio con las cabras. También pasaba allí todas sus vacaciones.

—¿Hasta qué edad pudo frecuentar la escuela?

—Tenía alrededor de quince años cuando mi padre le hizo saber que sus estudios habían terminado. Los últimos años, tuvo como profesores a los jesuitas del Colegio. Éstos se interesaban mucho en él. En varias ocasiones hasta vinieron a nuestra casa para tratar de convencer a mi madre que dejara a Miguel ingresar en su Orden. "Su hijo tiene dotes —decían—, podría llegar a ser alguien". Pero mi padre rehusó. También Miguel, por otra parte...

—¿Leía mucho?

—Sí, pero ocultándose de mi padre. Leía sobre

todo por la noche, cuando todo el mundo estaba acostado, en el cuarto aparte, en el patio, que nosotros ocupábamos. A veces mi padre lo sorprendía y se levantaba para apagar la luz. Entonces se producían escenas terribles, que nos dejaban aterrorizados. A menudo, también, Miguel se llevaba libros a la huerta y leía mientras cuidaba las cabras. Lo que me asombraba a mí, que era de salud más bien delicada, era que él se sentara no importaba dónde, casi siempre con la cabeza descubierta, a pleno sol, y que no pareciera sufrir el calor...

—¿Se acuerda usted de sus lecturas en esos años?

—Leía a los poetas: Machado, Verlaine, San Juan de la Cruz. También las novelas de Gabriel Miró. Y además *La Eneida,* en una traducción de Fray Luis de León, de la cual lo divertía recitar de memoria ciertos pasajes. Pedía esos libros prestados al vicario de la diócesis, don Luis Almarcha, que vivía en nuestro barrio... Don Luis es ahora obispo de León...

—¿El escribía ya?

—Es posible, pero no puedo afirmarlo porque se aislaba para escribir. Por el contrario, me acuerdo muy bien cómo trabajaba cuando tenía diecinueve o veinte años. El sábado, antes de ir a acostarse, mi madre le preparaba una comida fría que metía en un gran pañuelo anudado. Al día siguiente, al alba, llevando en la mano su atadito y máquina de escribir, Miguel trepaba por las rocas,

detrás de nuestra casa, hasta la Cruz de la Muela [12] y se pasaba el día, sólo, allá arriba, componiendo sus poemas.

—¿Tenía una máquina de escribir?

—Sí. Una vieja máquina que había comprado de ocasión a uno de sus amigos, Eladio Belda...

—Se ha hablado mucho de la amistad que unía a Miguel Hernández y a otro joven escritor de Orihuela, Ramón Sijé. ¿Puede decirme cómo había nacido?

—Ellos eran compañeros de escuela, pero su verdadera amistad data de la época en que Miguel escribió sus primeros poemas. Se consideraban como hermanos. Miguel y Sijé se habían jurado, inclusive, que si uno de ellos llegaba a morir, el otro debería cavar la tumba del amigo desaparecido. Sijé murió muy joven, a los veintidós años, en diciembre de 1935 [13]. Al saberlo, Miguel, que vivía entonces en Madrid, vino a Orihuela con la intención de cumplir su promesa. Cuando llegó, Sijé ya había sido enterrado. Miguel, furioso, pretendió exhumar a su amigo y cavarle una nueva sepultura. Nos costó muchísimo disuadirlo de cumplir su proyecto...

—¿Miguel volvió a menudo a Orihuela después de su instalación definitiva en Madrid en 1934?

—No, porque su trabajo en la editorial Espasa-

[12] Alta colina rocosa que domina Orihuela y donde se encuentran las ruinas del castillo y del seminario.

[13] El 24 de diciembre, en Orihuela.

Calpe lo acaparaba. Por entonces redactaba los artículos de la enciclopedia que José María de Cossío estaba consagrando a los *Toros*. Y además, todos sus nuevos amigos, escritores y poetas, vivían en Madrid. Solamente venía para pasar con nosotros las fiestas de Navidad. Como tenía un poco de dinero, nos aportaba siempre los pavos, para mi madre... Volvimos a verlo también una vez, en 1936, en la primavera, cuando vino a inaugurar en Orihuela la plaza Ramón Sijé.

Don Vicente Hernández me explica también que su oscura vida de cabrero no le ha permitido conocer verdaderamente las actividades literarias de su hermano:

—Para eso usted debería ver a don José Martínez Arenas —me dice—. Él conserva muchos documentos concernientes a Miguel... Pero antes, si usted lo desea, podemos visitar la casa de la calle Arriba, donde hemos vivido Miguel y yo...

Estamos ahora en la calle San Juan. A nuestra izquierda corre el muro leproso del convento que da su nombre a la calle. Un poco más lejos aparecen casitas completamente idénticas, de un sólo piso. Entre éstas, en el número 80, la casa natal de Miguel muestra su humilde fachada ocre amarillo, su puerta de madera clara y, en el primer piso, enmarcando una vasta y única ventana, su pesado balcón saledizo, de cemento.

No lejos de la casa, un camino de tierra conduce

al Colegio Santo Domingo, del que diviso la elegante cúpula verde. Costeando el colegio, la angosta y pintoresca calle de la Cruz desemboca finalmente en la calle Arriba. Llegamos al pie de un arco que de hecho es una capilla a la Virgen de Monserrate. Una placa recuerda que San Vicente Ferrer predicó allí en 1411. A la izquierda del arco, la calle Arriba se abre sobre un barrio popular de pequeñas casas blancas, rosadas o amarillentas, ante las cuales juegan y bailan niños. A la derecha, la calle se alarga en una especie de plazuela de suelo escabroso, deformado por gruesos bloques de piedra, y que cierra al fondo el muro del Colegio Santo Domingo con su penacho de follaje. En el número 73, una casita baja, blanca y gris, se adosa a las últimas escarpaduras violetas y desnudas de la colina de la Muela. Todo es rústico aquí: la alta puerta de dos batientes, la ventana que protege una severa reja, el pequeño techo de tejas redondas.

—Es nuestra casa —me dice don Vicente—. Mi padre la había comprado cuando nosotros vinimos aquí y la conservamos hasta su muerte, en 1952. El camino que usted ve al costado es aquel por el cual hacíamos entrar y salir las cabras, unas ochenta o noventa...

Atravesamos la casa y entramos en el patio que bordea a la derecha una pequeña construcción. Es el cuarto que Miguel compartía con su hermano Vicente. Subimos algunos escalones y penetramos en una instalación con piso de tierra que en tiem-

pos de los Hernández servía de pesebre a los animales recién nacidos. Detrás de ésta, teniendo como trasfondo la roca de la Cruz de la Muela, se ampara un cercado estrecho lleno de pedruscos y hoy en visible estado de abandono: el "jardín" de Miguel. En este rincón apartado, el poeta adolescente se había creado un universo en miniatura, un mundo de árboles y de flores que cultivaba con amor, un retiro donde podía soñar a su gusto sin dar la impresión de que infringía la voluntad de su padre. He aquí ante mí, en un marco de cactos, la morera y las tres higueras que plantó Miguel y que él cantó tan a menudo:

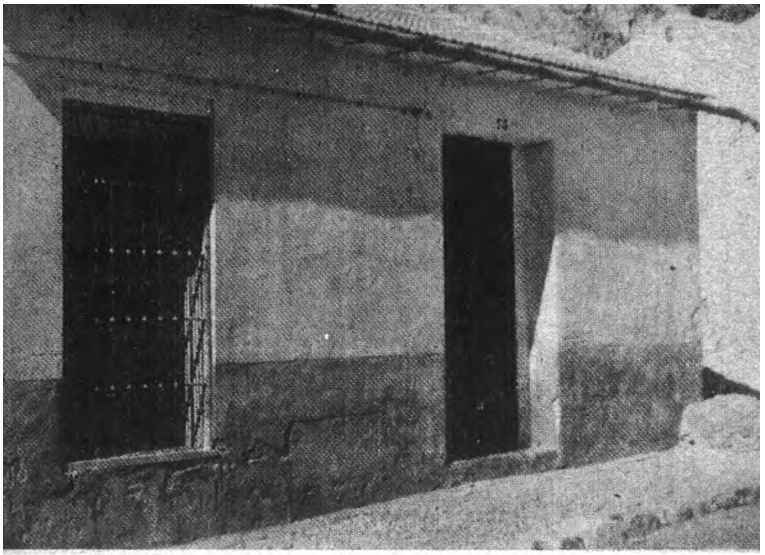
Paraíso local, creación postrera,
si breve de mi casa;
sitiado abril, tapiada primavera,
donde mi vida pasa
calmándole la sed cuando le abrasa.

...Adán por afición, aunque sin Eva,
hojeo aquí mis horas,
viendo al verde limón cómo releva
de amarillo sus proras,
y al higo verde hacer obras medoras [14].

Ay, una de las higueras, herida de muerte, ya no es más que un tronco deforme, seco y sin hojas. El limonero ha desaparecido. Muy pronto, seguramen-

[14] "Huerto mío", *Obras Completas*, pág. 89.

Orihuela. Calle Arriba: arco con capilla a la Virgen de Monserrat y casa de Miguel Hernández.



La casa de Miguel Hernández, 73, calle Arriba.

te, a juzgar por el estado actual del "jardín", esos últimos testimonios de un período bucólico y en resumidas cuentas feliz de la vida del poeta, desaparecerán ellos también...

Antes de dejar a Vicente Hernández, le pregunto si le fue posible volver a ver a Miguel antes de su muerte, cuando estaba detenido en la penitenciaría para adultos de Alicante.

—Pude verlo tres veces. La primera, durante el verano de 1941. Yo había conseguido obtener un permiso de visita. Él estaba amontonado con muchos otros presos en una celda prevista para una sola persona. Su pobre ropa estaba en jirones. Su aspecto revelaba un total abandono, se veía que no recibía ningún cuidado. Pero conservaba la tranquilidad, la energía, el coraje que yo le había conocido siempre... Cuando pude verlo por segunda vez, ya lo había atacado la enfermedad. Como estaba muy mal alimentado y se negaba a tomar el pan que le ofrecían sus compañeros al verlo tan debilitado, había sufrido primero una especie de infección intestinal. Casi en seguida ésta se había convertido en fiebre tifoidea... Y además, en la atmósfera confinada de su celda, se ahogaba. Necesitaba el aire libre, el sol, el campo. En un presidio al aire libre, incluso a la intemperie, quizás no habría sucumbido. Pero allí se ahogaba, verdaderamente... Viéndolo en tal estado, hice una gestión ante la dirección de la penitenciaría para conse-

guir que le hicieran una radiografía. En la enfermería de la prisión no había aparatos, pero mi demanda fue aceptada. Escoltados por dos guardias, fuimos hasta el dispensario del barrio de Banalúa. La sala de radiografía estaba repleta y tuvimos que esperar nuestro turno. Miguel estaba tan débil que debimos sostenerlo durante todo ese tiempo. El doctor Antonio Barbero, después de examinarlo con los rayos X, diagnosticó una tuberculosis pulmonar. El pulmón izquierdo estaba perdido. "No se inquiete —me dijo— su hermano vivirá. Pero hay que ventilar el pulmón. Vamos a hacerle una incisión..." Regresamos a la cárcel... Un tiempo más tarde, en marzo de 1942, pude hacerle otra visita. Estaba en la enfermería, en un estado de agotamiento casi total, junto a otros noventa o cien enfermos. Le habían hecho una incisión en el pecho izquierdo para colocar una cánula. Pero al contacto con la cánula la incisión se había infectado y supuraba y la taponaban con algodón y gasas. Miguel sufría, pero no decía nada. Yo ya no volvería a verlo vivo. En la segunda quincena de marzo, cuando el mal empeoró, las visitas fueron suspendidas. Miguel murió el 28 de marzo, a las cinco y media de la mañana. Debimos hacer gestiones durante todo el día con Justino Marín, el hermano de Ramón Sijé, que me acompañaba, para que no fuera inhumado en plena tierra, como un pobre, sino en un nicho...

2

En el número 12 de la calle San Pascual, en una sobria casa burguesa, don José Martínez Arenas tiene su despacho de abogado. Es una especie de larga galería tapizada de libros, documentos y cuadros, a cuyo extremo se abre un escritorio-biblioteca donde me recibe el decano honorario del Colegio de Abogados de Orihuela. Ex alcalde de la ciudad, don José Martínez Arenas fue dos veces diputado a las Cortes: la primera, en la época de Alfonso XIII, siendo su mandato interrumpido en 1923 por la dictadura de Primo de Rivera; la segunda, bajo la República. A los setenta y cuatro años, este testigo activo de todas las actividades de la ciudad escribe sus recuerdos, un libro titulado *De mi vida*, un importante capítulo del cual será dedicado a Miguel Hernández.

—Primero he conocido a su padre, en la época en que Miguel era niño aún. ¡La verdad es que durante esos años él nunca me habló de su hijo! Los Hernández vivían de la crianza de cabras y de la

venta de leche a los habitantes de Orihuela. Sus entradas eran modestas pero suficientes para subvenir a sus necesidades. Y además, el padre de Miguel tenía un hermano, Francisco —los Hernández lo llamaban Corro— con el cual él "hacía negocios". Corro se había instalado en Barcelona y se dedicaba a la reventa del ganado que compraba en Orihuela, adonde venía con frecuencia. Su hermano Miguel le servía de intermediario y recibía una pequeña parte en las ganancias. Los dos hermanos se entendían a maravilla y se habían apodado "los Vicenterres". Corro se ganaba bien la vida. Pero un día, el "Vicenterre" catalán murió y la situación de los Hernández se modificó sensiblemente.

—¿Cuándo conoció usted a Miguel Hernández?

—No conservo el recuerdo exacto de nuestro primer encuentro. De todos modos, creo que fue una tarde cuando Ramón Sijé, que era hijo de uno de mis mejores amigos, lo acompañó a mi casa para hablarme de un proyecto que los dos adolescentes deseaban concretar. Se trataba de organizar en el Casino, con el presidente del cual yo estaba en excelentes relaciones, una presentación del joven poeta. Lo que es seguro es que Miguel, una noche del año 1930 ó 1931, leyó y explicó ante un pizarrón negro, en la sala de fiestas del Casino, su poema *Elegía media del toro*. Una selecta asistencia escuchaba con asombro las extravagancias de ese mozo duro y desenvuelto que, con un trozo de tiza en la

mano, trazaba líneas con un gesto desmañado y trataba de señalar el movimiento de un poema barroco del cual ninguno de sus biógrafos, me parece, ha hablado hasta el presente...

El abogado se ha levantado para alcanzar sobre uno de los estantes de su biblioteca una gran carpeta negra. Es el "expediente" Miguel Hernández. Mi amable interlocutor extrae de un montón de revistas, cartas y papeles un simple pliego de color amarillo, sin fecha, firmado por Miguel Hernández Giner: la *Elegía media del toro.* El poema comprende quince tercetos y un verso final. El primer terceto es el siguiente:

> Aunque no amor, ni ciego, dios arquero,
> te disparas de ti, si comunista
> vas al partido rojo del torero... [15]

—¿Se trata del primer poema publicado por Miguel Hernández?

—De uno de los primeros, sin duda alguna, pero no del primero. Porque en una nota que don Luis Almarcha —su guía espiritual en esa época— tuvo la amabilidad de redactar para mí, afirma que las primeras poesías de Miguel fueron publicadas por *El Pueblo,* un semanario de Orihuela en el que él mismo colaboraba. Según don Luis, la más antigua, titulada *Pastoril,* habría sido escrita el 30 de di-

[15] Ver el texto completo de este poema en págs. 172-173.

ciembre de 1929 y reproducida por *El Pueblo* el 13 de enero de 1930 [16].

—Usted pronunció recién el nombre de Ramón Sijé, al que Miguel consideraba como su "hermano" [17] y a quien debía dedicar una elegía muy hermosa. ¿Qué puede decirme de él?

—El verdadero nombre de Sijé era José Ramón Marín Gutiérrez. Su padre tenía en la Calle Mayor (hoy calle Ramón y Cajal) un comercio de tejidos. Era un mozo de salud delicada, muy feo, pero dotado de una inteligencia excepcional. Había hecho sus estudios secundarios con los jesuitas del Colegio Santo Domingo, siguiendo luego cursos de derecho en la Universidad de Murcia. La muerte se lo llevó cuando acababa de terminar sus estudios. Consciente de su fealdad, salía poco pero leía y escribía mucho. Su primer artículo: *España, la de las gestas heroicas,* había sido publicado por la revista *Héroes,* de Madrid, en marzo de 1926, cuando él tenía apenas doce años. En el mismo número se reproducía una fotografía del "autor" vestido con el tradicional traje marinero tan caro a las familias burguesas de la época... Ortega y Gasset lo admi-

[16] He podido encontrar este poema y otros muchos escritos en esos años. Los he reunido bajo el título *Poemas de Orihuela* (ver pág. 69 y siguientes). De hecho, como podrá verse, Miguel Hernández colaboraba desde esa época en todos los periódicos de la ciudad: *El Pueblo de Orihuela,* pero también *La Voluntad, Actualidad, Destellos.*

[17] Así es como designa a Sijé en sus cartas: querido hermano, mi querido hermano, etc.

ró realmente y lo publicó en su *Revista de Occidente*. Para *Cruz y Raya* escribió dos importantes ensayos: *San Juan de la Cruz* y *El golpe de pecho, o de cómo no es lícito derribar al tirano*. Era un joven de una gran vida espiritual, hipersensible, atenaceado sin cesar por su inquietud y sus angustias interiores.

—Para muchos, él es sobre todo el fundador de la revista *El Gallo Crisis*, publicada precisamente aquí, en Orihuela, y en la que debía colaborar fielmente Miguel Hernández. ¿A qué ideal respondía, según su criterio, tal publicación?

—*El Gallo* tuvo una vida efímera pero fecunda. Aparecieron exactamente seis números: el primero en 1934, el último en 1935, en plena tempestad política. Era una revista de inspiración católica, pero en la cual ciertos textos desconcertantes eran de tal naturaleza como para hacer fruncir las cejas a más de un teólogo rigorista. En el plano nacional, respondía a esa necesidad de confrontar las viejas convicciones tradicionalistas y las ideas revolucionarias introducidas a partir de 1931 por la República. En el plano local, reflejaba las preocupaciones de un grupo de jóvenes intelectuales de la ciudad ante una decisión municipal: el cierre del Colegio Santo Domingo donde todos ellos habían estudiado y su reemplazo por un colegio de enseñanza secundaria. Desorientados, esos espíritus inquietos y divididos entre ideologías opuestas buscaron entonces un maestro espiritual capaz de canalizar sus aspiraciones. Lo encontraron en la persona de Fray

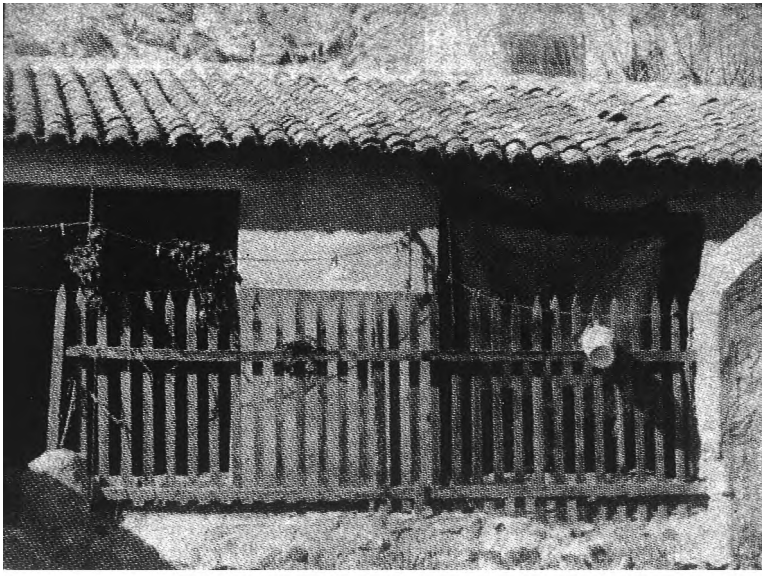
Buenaventura de Puzol, un monje franciscano que vivía en un convento de la orden en la ciudad. Alrededor de este religioso poco conformista, se agruparon así Ramón Sijé; los abogados Juan Bellod y Tomás López Galindo; un notario, José María Quílez y Sanz; los profesores Juan Colón, cura catalán entonces titular de la cátedra de Filosofía y Jesús Alda Tesán, un joven asistente aragonés que enseñaba Lengua y Literatura españolas. Todos deseaban unir sus esfuerzos para esclarecer el espíritu de sus conciudadanos y mantener despierta la conciencia de su ciudad: he ahí cómo nació la idea del *Gallo Crisis.*

—¿Qué ha sido de los colaboradores de la revista?

—Fray Buenaventura de Puzol y José María Quílez y Sanz han sido víctimas de las violencias de la guerra civil en 1936. Juan Bellod y Tomás López Galindo, después de diferentes peripecias durante la guerra, reanudaron una vez finalizada ésta su profesión de abogados. No tengo ninguna noticia de Juan Colón ni de Jesús Alda Tesán...

—¿Cómo se hicieron amigos Miguel y Ramón Sijé?

—En la calle Arriba donde vivía Miguel, exactamente en el número 5, había en esos años 1930-35 una panadería perteneciente a un cierto Fenoll. El panadero tenía un hijo, Carlos, que era poeta y había tomado la costumbre de realizar alrededor del horno verdaderas reuniones literarias en las



El patio y el establo.

El jardín de Miguel (estado actual).

Orihuela. El padre del poeta en compañía de Carlos Fenoll.

Con su hermana Elvira y su sobrina (Madrid, 1934).

cuales, por supuesto, participaba Miguel, como también los fundadores del *Gallo Crisis*. Pues bien: un día, la hermana de Carlos, Josefina —una personita muy linda cuya ocupación principal consistía en entregar el pan a los clientes de su padre— presentó al pequeño grupo a su novio, un novio que no era otro que Ramón Sijé. Por amor a Josefina, Sijé comenzó a frecuentar asiduamente a "los poetas del horno" y descubrió rápidamente el talento de Miguel...

La influencia ejercida por Ramón Sijé sobre el joven poeta fue, pese a lo que algunos hayan podido escribir, benéfica. En efecto, si Ramón Sijé no supo orientar verdaderamente los dones poéticos de Miguel, le hizo alcanzar plena conciencia de éstos y le enseñó con su propio ejemplo a disciplinar sus facilidades de escritor. Sin embargo, Sijé se contentaba con seguir siendo un artista local o, más exactamente, un literato fiel a su provincia natal. Miguel apuntaba más alto:

—Él sabía que Orihuela nunca le ofrecería más que una notoriedad regional —me dice don José Martínez Arenas—. Únicamente Madrid podía consagrar su talento en escala nacional. Por eso es que desde fines de 1931, cuando todavía no había publicado ninguna recopilación, decidió abandonar a sus amigos del "horno" para tentar su chance en la capital. Fue una verdadera fuga, organizada a

espaldas de su padre y con la complicidad de su madre y de su hermana Elvira.

—¿Creía él en el éxito inmediato de su empresa?

—Tenía plena confianza en su talento y no dudaba que triunfaría apenas llegase a Madrid. Desatendiendo los consejos de sus amigos, que estaban lejos de compartir su optimismo, se fue. Yo le entregué una carta de recomendación para Concha Albornoz, cuyo padre era entonces ministro de Justicia. Expliqué a Miguel los peligros de un fracaso y le prometí que si atravesaba momentos difíciles, podría acudir a mí y contar con mi ayuda desinteresada...

Don José Martínez Arenas ha abierto de nuevo la carpeta negra:

—No tengo documentos personales sobre los primeros tiempos de su estadía allá, pero puedo mostrarle a usted algunas copias de cartas que Miguel dirigiera a Ramón Sijé. Los originales están en manos del cuñado de éste, quien ha tenido la amabilidad de copiarlas para mis trabajos. Como usted va a ver, su situación en la modesta pensión familiar donde se había instalado no era nada brillante [18]. Fue así que el 17 de marzo de 1932, acordándose que se acercaba el cumpleaños de Sijé, envió a su amigo las estrofas y la carta siguientes:

[18] Costanilla de los Ángeles Nº 6, según Juan Guerrero Zamora, *Miguel Hernández*, "El grifón de plata", Madrid, 1955.

A TI, RAMÓN SIJÉ

Amigo, cuando pienso en tu lejana
figura, te recuerdo en tu balcón
con un lado de faz en la mañana
y otro en la habitación.

Tu mirada magnífica y caliente
(de tan caliente parece que quema)
desciende sobre un libro. Espesamente
suena tu voz recitando un poema.

Tu tez atardecida, lo está más
bajo el sol que se vuelca en ti con brío,
y, como de ella misma, por detrás
de la frente, te brota, tierno, el río.

. . . . . .

Felicidades. Y que la blanca vara de flores de tu primaveral santo acaricie tu frente de caoba pulida.

Espero con impaciencia que me digas que ya has enviado el pliego a Alicante. Son desesperantes estos días que pasan inútilmente. También aguardo dinero. He tenido que pedir a nuestros amigos Bellod y Pescador para el tranvía de algunos días; pero para Morante, que espera con ansia, necesito de ahí. De mi casa aún no sé nada. He visto de nuevo a Caballero [19]; ha leído tu carta y me ha dado las gracias por el artículo que piensas dedicarle. Cree que me ha

[19] Se trata de Ernesto Giménez Caballero, quien, en *La Gaceta Literaria* del 15 de enero de 1932, Madrid, había publicado una entrevista con Miguel Hernández, anunciando la aparición de un "nuevo poeta pastor". Según Concha Zardoya, incluso había reclamado para aquél un "pequeño premio nacional" (obra citada).

emocionado la lectura de tu carta. Has leído a Wilde amado tanto por ti que conoces casi toda su obra y por mí que apenas la conozco.

A mí me han dejado Pescador y Bellod un puñado de libros de los que llevo leídos: *Una noche en el Luxemburgo* de Gourmont; varios de Andreief; *Un corazón virginal*, también de Rémy; y el segundo tomo de *El espectador* de Ortega y Gasset. Un libro precioso, comprende casi todo él un tema sobre el amor (para ti hoy de doble interés) y un magnífico estudio sobre Azorín. ¿Te lo mandamos? No he podido oír a García Lorca. No leas hasta las tantas de la noche que ya ves cómo te perjudica. Te repito: espero con impaciencia noticias tuyas y la de que has mandado el pliego y de lo otro, ¡maldito!...

(Que lea esto Fenoll.)

Carlos: ¿Te acuerdas de la niña aquella que vi la última tarde de mi estancia en Orihuela? Pienso en ella a todas horas. No te rías. Aunque te parezca absurdo estoy como tú... Haz el favor de darle (lo más discretamente que puedas y a solas si es posible) ese sobrecito.

Decidme si hay procesiones. Aquí ni se notará que es Semana de Pasión. Ved a mi madre y preguntadle por qué no recibo carta suya. Saludad a todos los amigos. Abrazos.

Miguel.

—El final de la carta parece significativo. La muchacha a la que alude Miguel ¿no es Josefina Manresa?

—En efecto, Miguel debió conocer a Josefina más o menos en esa época, y como éste fue su gran y casi único amor, no está prohibido creer que se

trata precisamente de ella... Pero como usted ve, si la estadía del poeta en Madrid le permitió clarificar y cristalizar sus sentimientos, no consiguió aportarle lo que él esperaba: ¡la gloria literaria! Únicamente Ernesto Giménez Caballero se ocupó de él, pero sin éxito. Entonces, tristemente, acordándose de mí y de mis promesas en caso de fracaso, Miguel escribió a Ramón Sijé una carta que éste me envió junto con una nota manuscrita suya.

Don José Martínez Arenas me alcanza la carta de Sijé:

"Muy querido amigo:

Nuestro poeta, enfermo y pobre en Madrid, me pide lo necesario para volver a Orihuela. Aquí va su carta. En una esquina de Madrid el poeta ha perdido su entusiasmo, que es pasión de los dioses (usted es un hombre entusiasta) y su talento ardiente. Espero todo de usted, tan atento a todas estas cosas del espíritu... Suyo, afectuosamente.

José Marín Gutiérrez.

P. S.: No voy a verlo a usted porque estoy estudiando. Temo ser aplazado.

Orihuela, 12 de mayo de 1932."

Y he aquí la carta que Miguel había enviado a Sijé:

"Querido hermano:

Si no has podido recoger hasta hoy el dinero que necesito para marchar por esos cielos, ve en seguida

a Martínez Arenas y pídeselo. Me dijo un día antes de mi "primera salida", que el que me hallara en la situación de éste, acudiera a él. No dejes de verlo hoy mismo si tus estudios te lo permiten. Es de extrema importancia que reciba lo necesario esta noche misma. Figúrate que esta semana ya no me han lavado la ropa interior y no tengo ni calcetines que ponerme. Además, los zapatos amenazan evadirse de mis pies; lo tienen pensado hace mucho tiempo. Te puedo escribir porque los sellos que me enviara mi hermana aún no los he agotado. Ayer he visto por fin a la señora Albornoz y me dice que no ha recibido contestación de Alicante. Me he despedido de ella definitivamente. ¿Qué esperanzas me quedan? Abrazos.

Miguel.

Madrid, 10 (?)/5/32."

—Yo respondí a Sijé que aceptaba remitirle la suma, pero que me dijera a cuánto se elevaba ésta. Cuarenta y una pesetas, que fueron enviadas inmediatamente a Miguel. ¡Pero, ay, las desventuras del poeta antes de su regreso a Orihuela no terminaron allí! En lugar de utilizar el dinero enviado, Miguel dejó Madrid por tren, utilizando lo que aquí se llama "un pasaje de caridad" o, dicho de otro modo, un pasaje gratuito. Por supuesto, el pasaje estaba destinado a otra persona y llevaba el nombre del beneficiario. La policía, que esa noche efectuaba un control, descubrió la superchería y, en Alcázar de San Juan, Miguel fue invitado a descender del tren y arrojado a la prisión... Es lo que él explica en esta otra carta que escribió entonces a Sijé:

"Alcázar de San Juan, 17 de mayo de 1932.

Querido hermano Sijé:

¿No te han dicho que me han detenido el sábado en el tren? ¿No has recibido el telefonema que te he mandado desde la cárcel? ¿Por qué me ha sucedido esto habiéndome tú mandado cuarenta y una pesetas para el billete? Perdóname... perdóname... ¡Soy un necio!... ¡Un grandísimo necio!... Verás: el viernes por la tarde recibo lo que me mandaste; viene Vera a la Academia, y yo, alegre porque iba a partir, le digo: ¡Mañana me marcho a Orihuela!; y entonces él —¡maldición mil veces!— me dice que tiene un billete de caridad; me lo da, y yo lo tomo pensando volverte las pesetas sobrantes... (¡Ah! Se me olvidaba decirte que el billete iba a nombre de Alfredo Serna.) Voy a casa de Pescador el sábado; le pido su cédula; y llega la noche y salgo de Madrid... y en seguida me detienen... Me dicen que soy un estafador; que suplanto la personalidad de otro; me escarban todos los bolsillos; me insultan y avergüenzan cien veces, y cuando llega el tren a Alcázar de San Juan, me hacen descender del tren y entrar en la cárcel escoltado, no por dos imponentes guardias civiles, por dos ridículos serenos viejos y socarrones... No te cuento ahora lo que he pasado, desde las dos de la mañana del domingo hasta las cuatro de la tarde del lunes, en la cárcel. Por fin he salido... Esta pasada noche he dormido en la casa de este papel[20]. Necesito en seguida las setenta pesetas que te pedía en mi telefonema que supongo no has recibido. No me quedan más que unas pesetas para poder comer y dormir hoy martes. Pídeselas al señor Alcalde o a quien tú creas que te las dará. Envíamelas

[20] El membrete dice: "La Alegría Café-Bar y Casa para Viajeros —Ambrosio García Sierra— Paseo de la Estación, 25".

telegráficamente para poder salir mañana noche miércoles para Orihuela. Si no están aquí antes de las nueve, que es la hora a que cierran Telégrafos, me moriré de hambre y de sueño por las calles de Alcázar. Si mi familia no sabe nada no le digas nada. Si sabe, dile que has recibido carta mía y me hallo perfectamente. Manda a esta dirección: Santo Domingo, es la de la cárcel... pero no puede ser a otra.

Abrázame. Perdóname, hermano.

Miguel."

—¿Y cómo terminó la aventura?

—Sijé le envió el dinero y Miguel volvió a Orihuela. Como ya no quería cuidar las cabras, entonces buscó trabajo. Durante algún tiempo desempeñó funciones de contador en una tienda de tejidos, "El Globo". Luego pudo entrar como secretario en casa de un notario, don Luis Maseres. Permaneció con él hasta el mes de marzo de 1934, fecha en la cual partió definitivamente a Madrid. Ese es un período durante el cual trabajó afiebradamente, alentado por Sijé. En ese entonces publicó su primer libro, *Perito en lunas* y escribió su "auto sacramental" *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras.*

—¿Qué puede decirme de *Perito en lunas*?

—*Perito en lunas* fue publicado por cuenta del autor por la editorial "Sudeste" y la imprenta "La Verdad" de Murcia. Don Luis Almarcha y yo garantizábamos el pago del libro en el contrato editorial. En total cuatrocientas veinticinco pesetas por trescientos ejemplares, las que don Luis pagó de su

bolsillo. Se convino que Miguel lo reembolsaría cuando pudiera, lo que él trató de hacer más tarde, sin que don Luis aceptara... El día en que Miguel me aportó uno de los primeros ejemplares impresos, exultaba. Era un gran cuaderno con tapa gris y títulos en azul, firmado por Miguel Hernández Giner. Los poemas eran precedidos por una nota de presentación escrita por Ramón Sijé y un retrato de Miguel realizado por Rafael G. Sáenz.

Es sabido que Miguel Hernández emprendió por segunda vez la conquista de Madrid llevando algunos ejemplares de ese primer libro y el manuscrito de su "auto sacramental" [21]. Y casi en seguida la suerte pareció sonreírle: José Bergamín aceptó publicar *Quién te ha visto y quién te ve* en su revista *Cruz y Raya*. Se decidió que los tres actos del "auto sacramental" serían presentados en los números de julio, agosto y septiembre, y luego reunidos en un volumen. Ya algunos escritores se interesaban por ese campesino tímido y entusiasta: particularmente María Zambrano, a quien él dedicó su poema "La morada amarilla". Pero el poeta no se aclimataba sino lentamente a la vida urbana. En pleno verano,

[21] Este período de la vida de Miguel ha sido estudiado en particular por Concha Zardoya, Juan Guerrero Zamora, *obras citadas*, y Elvio Romero: *Miguel Hernández, destino y poesía* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1958). Confrontando las tres obras se encuentran ciertas contradicciones de detalle que hemos tratado de corregir en este breve parágrafo.

no pudiendo resistir ciertas nostalgias, ciertos desfallecimientos del corazón, volaba a Orihuela para ver allí a sus amigos y a su novia Josefina, tomar el sol en su "jardín" y bañarse en el Segura, y entregar a Sijé —director de *Gallo Crisis*— un puñado de poemas. De regreso en Madrid unos días después, todavía y durante largos meses habría de sentirse un extranjero en la ciudad. "Yo voy, sonámbulo y triste, por las calles de aquí, llenas de humo y de tranvías, tan diferentes de esas calles silenciosas y alegres de nuestra tierra..." —escribía a Josefina [22]. Y también a ésta, en la misma época: "¡Si tú supieras qué odio le tengo a Madrid!" [23]. Sin embargo, su reputación de poeta se afirmaba y se había hecho amigo de los más grandes: Pablo Neruda y Vicente Aleixandre [24] —sus dos polos de atracción—, Rafael Alberti [25], Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, Federico García Lorca... Bajo la influencia de algunos de estos últimos, e inspirado por la sublevación de los mineros de Asturias, él acababa de terminar un gran drama "social", *Los hijos de la piedra*, a la vez que un conjunto de poemas, *El silbo vulnerado*. Y además, ya no tenía que temer la miseria: había encontrado un empleo en

[22] Carta sin fecha, pero que lleva un sello del 5 de abril de 1935, citada por Concha Zardoya.

[23] Carta del 12 de abril de 1935, citada por Concha Zardoya.

[24] Ver Vicente Aleixandre: *Los Encuentros*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1958.

[25] Ver Rafael Alberti: *Imagen primera de...*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1945.

armonía con sus aspiraciones literarias al convertirse en secretario de José María de Cossío... Brutalmente, en el mes de mayo de 1935, y como por un capricho imprevisible, Madrid se imponía a Orihuela: Miguel, ganado por otros amores, rompía con Josefina, rompía con el catolicismo, rompía con sus recuerdos, y escribía a Ramón Sijé una carta amarga en la cual acusaba a su ciudad natal de ser asfixiante, hiriente, santurrona. ¿Era también la ruptura con Sijé? No, pero en esta amistad se abrió una penosa hendidura que estuvo a punto de volverse fatal en octubre de 1935, cuando apareció la revista *Caballo Verde para la Poesía*, dirigida por Pablo Neruda, y de la cual Miguel se hizo firme defensor. "He recibido tus cartas sucesivas y las he guardado en el pequeño montón silencioso de la correspondencia a dejar sin respuesta —le escribió entonces Sijé—. No es que eso me haga mal, como tú lo crees; sino por resentimiento, por malhumor, por odio amistoso... Lo que tú has hecho a mi respecto es terrible. Es terrible no enviarme *Caballo Verde*... Por lo demás, *Caballo Verde* no debe interesarme mucho. No hay en él ningún rasgo de cólera poética, ni de cólera polémica. Caballo impuro y sectario; en su segundo número, juega al caballo puro y cristalino..." [26]. Menos de un mes más tarde, cuando Miguel, decepcionado y arrepentido, había vuelto, esta vez defi-

[26] Carta del 29 de noviembre de 1935, citada por Concha Zardoya.

nitivamente a Josefina, su noviecita de Orihuela, moría Sijé, y el poeta sentía como una dolorosa desgarradura en sí mismo. Prolongación violenta y tumultuosa de *El silbo vulnerado,* un nuevo libro, *El rayo que no cesa,* compuesto en gran parte de poemas de amor, de un sensualismo áspero, acababa de ser confiado a las prensas de Miguel Altolaguirre. Miguel decidió que una "Elegía" al amigo, al "hermano" desaparecido en plena juventud, cerraría la obra.

Pregunto a don José Martínez Arenas si vio a Miguel en esa época.

—No, pero conservo dos cartas que él escribió a los padres de Sijé poco después de la muerte de su amigo. Tenga, ésta es la primera, fechada el 14 de enero de 1936:

"Queridos padres:

Mi dolor es tan grande como el vuestro. No sé qué decir para consolaros, porque no encuentro palabras. Podéis creer que vuestro hijo está conmigo y lo tenéis en mí para desmentir a la amarga vida. No encontraba el momento de escribiros y ninguno me parece oportuno. Os pido mucho ánimo para seguir la lucha a que nacemos todos condenados hasta que descansamos todos. Recibo muchas manifestaciones de cariño para vosotros y pienso ir a Orihuela para hacer lo que como hermano debo.

No os dejéis caer en el dolor desesperadamente y haceos cuenta que está aquí conmigo. Como yo me quiero hacer la ilusión de que está con vosotros. No

quiero decir más: os abraza estrechamente vuestro hijo,

Miguel.

Quiero que nadie toque sus libros ni papeles: he de hacer por la publicación de sus cosas y no se ha de perder ni tocar ninguna. Adiós."

—Y he aquí la otra carta, enviada por Miguel desde Madrid a la familia Sijé el 17 de enero de 1936:

"Madrid, 17 de enero de 1936.

Queridos padres y hermanos:

Os agradezco infinitamente vuestra carta y os deseo la serenidad necesaria para mirar las injusticias de la vida y vivir en ella en paz. Ya sabes, Justino[27], que podemos continuar una amistad que tiene muy hondas raíces en mi sangre. Quiero que me mandéis cuanto antes el resguardo para recoger el ensayo, no sea que se cierre el plazo[28] un día de éstos. Yo no sé cuándo termina: si vosotros tampoco lo sabéis hacedme el favor de enviarlo en seguida para recogerlo. En la imposibilidad de acercarme por ahora a Orihuela, que sería lo mejor, para examinar yo mismo los papeles, mandarme la colección completa de *El Gallo Cri-*

[27] Hermano de Ramón Sijé. Bajo el seudónimo de Gabriel Sijé, debía fundar en mayo de 1936, en Orihuela, la revista *Silbo*, prolongación espiritual de *Gallo Crisis*.

[28] Debe tratarse de la inscripción en el Concurso Nacional de Literatura, para el cual Ramón Sijé acababa de terminar un ensayo sobre el romanticismo español: *La decadencia de la flauta*.

sis, si es posible, ya que es ahí donde están las cosas últimas de nuestro querido Pepito. Yo le he dicho esto mismo a Quílez en una carta reciente; pero será preciso que hagan suscripciones para poder editar la obra aquí. He hablado con Bergamín sobre este asunto y me ha dicho que no tiene otro remedio. Orihuela puede y debe, y, sobre todo, nuestros amigos ricos, cubrir perfectamente los gastos de edición. Estoy esperando contestación de Quílez varios días. No debe demorarse la cosa ni entibiarse el ánimo. Aquí habrá que hacer una selección de los trabajos, ya que haría muy extensa la obra incluirlos todos. Desde luego, haré lo posible y lo imposible para hacer resaltar la figura de nuestro hermano, Marilola y Justino, y vuestro hijo, padres. Me alegra mucho que os agrade mi elegía [29], la he hecho poniendo toda el alma y todo el corazón en el papel. Espero que me deis noticias y contestación a mi carta pronto. Os deseo mucha salud y prosperidad para seguir oyendo vuestra voz llamándome hijo y hermano. Os abraza emocionadamente vuestro

Miguel."

La guerra civil, ya muy cercana, impidió a Miguel realizar su proyecto. La edición de las "Obras Escogidas" de Sijé no apareció. Pero un acontecimiento local permitió a pesar de todo al poeta recordar su fidelidad fraternal a la memoria del amigo desaparecido: la inauguración en Orihuela de la plaza Ramón Sijé. También sobre este punto don José Martínez Arenas puede proporcionarme valiosos detalles:

[29] Se trata de la elegía final de *El rayo que no cesa*: "Yo quiero ser llorando el hortelano..."

—El 12 de marzo de 1936, la municipalidad de Orihuela había decidido dar el nombre de "Ramón Sijé" a la ex plaza de la Pía. Un mes más tarde, exactamente el 14 de abril, la plaza era descubierta oficialmente en una ceremonia muy sencilla. Miguel se había empeñado en hacer el viaje desde Madrid con tal motivo. Subido a una escalera de mano y vestido en forma muy deportiva, como de costumbre, leyó ante la asistencia esta alocución:

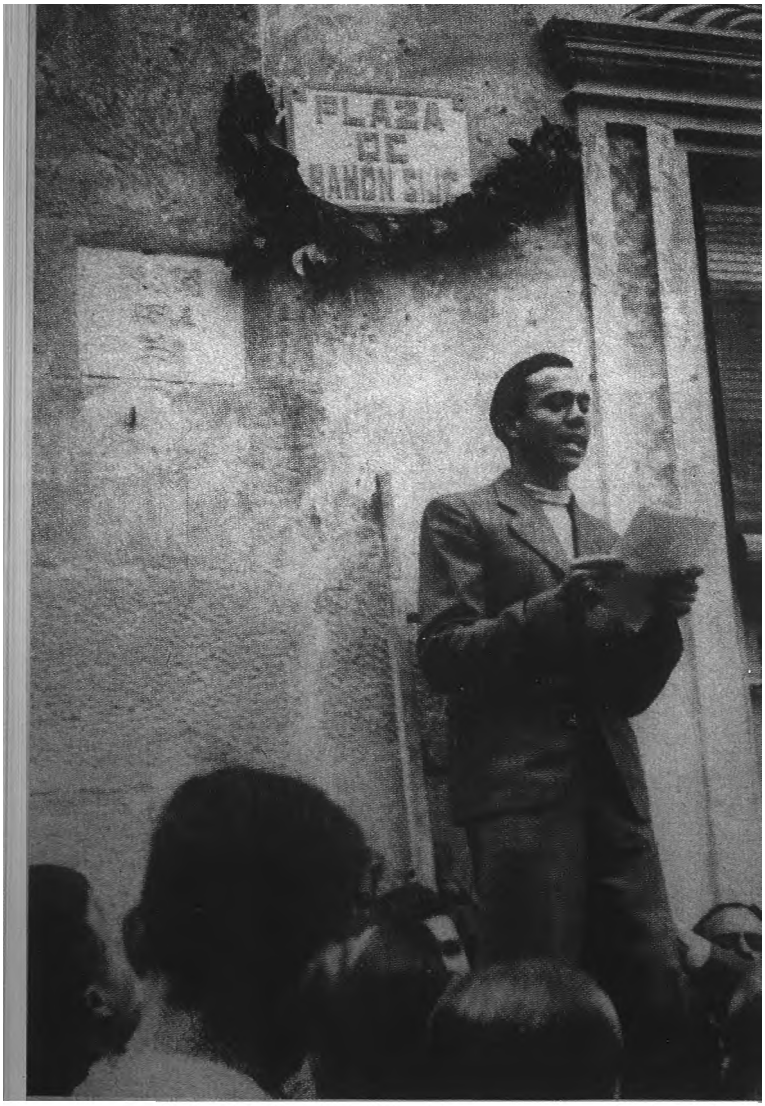
"Quisiera que esta piedra y esta plaza llevaran para siempre el nombre que les ha sido impuesto: Ramón Sijé. Bajo el sonido de este nombre se me ha ido un compañero del alma y Orihuela ha perdido su más hondo escritor y su más despejado y varonil hombre. Su vida ha sido precipitada, tormentosa y luminosa como la del rayo, y como la del rayo ha buscado precipitadamente la tierra. Orihuela se ha dado cuenta a su muerte, ya que siempre es a la muerte cuando nos damos cuenta del valor de ciertas vidas, de la grandeza del hijo que había criado casi sin advertirlo. He sabido con emoción que en su entierro se disputaba el pueblo el peso de su cuerpo en el ataúd, y sé que él lloraría de emoción, en la intimidad de las tablas a que todos estamos destinados, como sólo saben llorar los muertos: sin necesidad de lágrimas, voz ni ojos. Sé que su alma anda hoy —con la precipitación con que solían andar su corazón y su cuerpo— anda y recorre esta plaza, y le complace su soledad cotidiana, que acrecientan las siestas, las lluvias y las casas cerradas.

Hemos perdido con Ramón Sijé un genial escritor, si aún temprano de razón ya tardío de humanidad. Con una luz sobrenatural en el corazón y en el entendimiento, lo veía todo, lo sentía todo, lo sufría, lo angustiaba y lo hacía vivir muriendo todo: desde el sentimiento del amor hasta el pensamiento de la muerte. Fue un héroe, y resistió mientras pudo, a pie firme, las violentas tempestades que se organizaron y chocaron de continuo entre su corazón y su cerebro. Pocos hombres han vivido una vida interior tan intensa y sangrientamente volcánica como Ramón Sijé. Veintidós años contó sobre la tierra y se ha llevado la dolorosa experiencia de cien bajo ella. Cayó agotado por la tremenda pelea inacabable de sus pensamientos y sus sentimientos, sus trabajos y sus fatigas. Un día escribiré las memorias de su vida, que a cada paso y recuerdo adquiere en mí más caracteres de tragedia.

Pueblo donde ha nacido y agonizado esta gran criatura: Todos los homenajes que le hagamos se los merece. Procuremos que éstos resulten los más duraderos y de verdad y lo menos teatrales y de relumbrón posibles. Yo sé que él aceptará los mejores y rechazará los otros: que aunque parece que a los muertos todo les da lo mismo, no es así. Y si algunos del cementerio darían las gracias, si pudieran, por verse entre mármoles y hojarasca, otros se indignarían.

Ramón Sijé verá desde la tierra que ocupe lo que hagamos por él, y juzgará desde su sombra, y

En Orihuela (1936).



Miguel Hernández leyendo su alocución el día de la inauguración de la Plaza Ramón Sijé (Orihuela, 14 de abril de 1936).

no hablará porque ya su oficio es callar como el de un muerto." [30]

Como se ve, en este discurso emocionado no hay ninguna alusión política. Es que Miguel, en esos meses sin embargo tan revueltos, en que cada español ya ha hecho su elección para la lucha a venir, está viviendo una maravillosa historia de amor con Josefina reencontrada. "Quiero vivir sólo contigo, allí donde nadie se acordará de que nosotros existimos...", le escribirá una quincena después, en plena exaltación amorosa [31]. Recién el 18 de julio de 1936, día del levantamiento militar de Franco, él adquiere plena conciencia de su ideal político, comprometiéndose inmediatamente en las filas de los partidarios de la República amenazada. Pero entonces lo hace como lo quiere su temperamento, totalmente, fogosamente, arrojando con coraje en la lucha su persona y su talento para defender la causa elegida. Militante, da el ejemplo y combate durante dos años y medio en primera fila de las trincheras, en todos los frentes [32]. Poeta, escribe para inflamar el entusiasmo de las fuerzas popu-

30 Publicado por el diario *El Sol* de Madrid algunos días después, este texto fue reproducido por la revista *Oleza* de Orihuela en su número de junio de 1961, bajo el título "Las cuartillas que leyó Miguel Hernández". Aquí he transcripto el artículo de *El Sol*, que me prestara amablemente don Vicente Hernández.

31 Carta sin fecha, pero cuyo sobre lleva el sello del 2 de mayo de 1936; citada por Concha Zardoya.

32 Sobre este punto, ver el estudio de Concha Zardoya (obra citada).

lares, colaborando en las "revistas con casco" *El Mono Azul, Nueva Cultura* y *Hora de España* y componiendo su *Viento del Pueblo,* nutrido por su experiencia de soldado. Su vida civil puede ser reducida a algunas fechas, pero esenciales: su matrimonio con Josefina Manresa, en Orihuela, en 9 de marzo de 1937; su viaje a la Unión Soviética, en el mes de septiembre del mismo año; el nacimiento de su primer hijo, Manuel Ramón, el 19 de diciembre de 1937, y su muerte, el 19 de octubre de 1938; y en fin, el nacimiento de Manuel Miguel, el 4 de enero de 1939, menos de tres meses antes del hundimiento de la España Republicana.

Sin embargo, don José Martínez Arenas no puede informarme sobre esos años ardientes para Miguel porque el destino los había separado:

—Desde los primeros días de la guerra civil yo lo perdí de vista —me dice—. Supe simplemente que el padre de Josefina, el guardia civil Manuel Manresa Pamies, había sido asesinado el 13 de agosto de 1936, en Elda, con tres de sus compañeros, y que Miguel había decidido tomar a su cargo a la familia de su prometida. Y además, conservo la copia de una carta que quiero hacerle leer a usted, porque muestra con qué ausencia de intereses mezquinos, con qué abnegación de sí, habíase entregado Miguel a su ideal político y social. Aquí la tiene. Está dirigida a los padres de Ramón Sijé, desde la Academia de la 6ª División, el 22 de septiembre de 1938:

"Queridos padres:

Por fin os escribo. Ya era hora, ¿verdad? Pero lo hago interesadamente. Casi obligado por las circunstancias. Perdonadme. ¿Qué tal va la salud vuestra? Me imagino que mamá y Justino son los eternos convalecientes de una enfermedad más imaginaria que real, por lo menos la de Justino, que se curará en cuando le diga a su corazón: ánimo, vamos a vivir con alegría, ya que así lo quiere la vida. A mí me ha visto el médico en Madrid nuevamente y me ha mandado nuevas medicinas. Iré a tratar de restablecerme un poco a Cox[33] dentro de una semana o dos, cuando haya solucionado mi difícil situación económica. Y esto es lo que me trae la pluma a la mano hacia vosotros principalmente. (Perdón otra vez y mil veces.) Quiero que, si os es posible, mandéis a Josefina algún dinero. Sé que está casi sin ninguno y que no es capaz de pedíroslo por nada del mundo. Hacedme ese favor, entretanto trato de arreglar mi economía de la mejor forma posible, porque se aproximan días de gastar mucho[34] y no veo de qué gastar. En Madrid no hay papel para editarme otro libro y con lo que cobro en el Ejército no me es posible llevar los gastos que mi casa exige ahora. Veremos a ver qué pasa. Creo que todo se arreglará y siento tener que recurrir a vosotros, padres. En Madrid he vuelto a ver a Cossío y he vuelto a preguntarle por la copia de la obra de Pepito. La guarda cuidadosamente, según me ha dicho, y espera su edición con el mismo deseo que nosotros. Dad abrazos a mis otros padres y hermanos. Justino, pronto iré por ahí y hablaremos y nos curaremos juntos. Marilola: qué, ¿ha vuelto el obscuro

[33] Aldea situada a una decena de kilómetros de Orihuela, en la ruta de Alicante, donde se encontraba Josefina.

[34] Probablemente, el nacimiento de Manuel Miguel.

golondrino, de tu balcón, sus nidos a colgar? Madre: ánimo, ánimo, ánimo. Padre, ¿hay apetito y trabajo, verdad? A mí no me falta ninguna de estas dos cosas, pero escasea el pan también. Muchos abrazos para todos de vuestro

Miguel."

Pregunto a don José Martínez Arenas si él pudo volver a ver a Miguel antes de su muerte.

—Inmediatamente después del fin de la guerra civil, él volvió a Orihuela y al cabo de dos o tres días se presentó en mi casa. Yo me estremecí al verlo, porque sabía hasta qué punto estaban amenazadas su libertad y su vida. Me pidió consejo y yo le dije que don Luis Almarcha, su amigo fiel a pesar de las divergencias políticas, acababa de llegar de la zona nacional y que él podía colocarse bajo su protección. Miguel lo visitó, pero, finalmente, decidió tentar su suerte y pasar a Portugal... Yo no debía volver a verlo...

3

No he querido dejar Orihuela sin ver a don Luis F. T., que fue uno de los compañeros de Miguel Hernández durante sus tristes años de prisión —esos terribles últimos años de su vida—. Internado como Miguel por su acción política, don Luis F. T. fue puesto en libertad hace poco tiempo y ha reanudado sus ocupaciones en Orihuela. Es un hombre de temperamento fogoso, directo, al que uno siente incapaz de disimular sus pensamientos y sus simpatías.

—¿Cuándo volvió usted a encontrarse con Miguel Hernández?

—Fue en octubre o noviembre de 1939, en la prisión de Orihuela, o más exactamente en el Seminario, situado sobre la Colina de San Miguel y que, después de la guerra, había sido transformado en prisión. "Ellos acaban de traer a Miguel", me dijeron un día. Pero yo no pude verlo entonces, porque, probablemente a consecuencia de una "recomendación especial", le habían reservado una celda en los sótanos del Seminario, el peor lugar donde podía alojarse a un prisionero que no estaba castigado. Sólo un poco más tarde él obtuvo permiso

para subir a pasear por el patio y entonces volvimos a encontrarnos.

—¿Fue en la época de su segunda detención?

—Sí.

—¿Le explicó a usted alguna vez cómo había sido su primera detención?

—Usted sabe que al terminar la guerra civil, cuando Madrid capituló, los republicanos repartidos en los diversos frentes trataron de dispersarse individualmente para no caer en manos de los vencedores. Miguel, después de haber regresado a Orihuela, decidió dirigirse hacia Sevilla, ocupada desde el 18 de julio de 1936, y donde él estaba casi seguro de pasar desapercibido, a fin de llegar por allí a Portugal. En Huelva tenía un amigo con el que había decidido intentar la aventura. Pero cuando él llegó allí, ese amigo ya había tomado el camino de la libertad. Por lo tanto, debía intentar el pasaje solo. A pesar de su ignorancia de esos sitios, consiguió franquear la frontera. Se preparaba a tomar el tren para Lisboa cuando la policía portuguesa lo arrestó, y sin querer escuchar sus argumentos de refugiado, lo entregó a los guardias civiles del puesto vecino de Rosal de la Frontera. De ese modo fue conducido en pequeñas etapas a la prisión de Torrijos, en Madrid, a donde llegó el 18 de mayo.

—¿Cuánto tiempo permaneció en Torrijos?

—No lo sé. Tal vez dos meses...

—Se ha dicho que Miguel había podido salir de la prisión de Torrijos gracias a la intervención

de algunos amigos, que consiguieron convencer a un prelado francés, el cardenal Baudrillart, que escribiera personalmente a Franco. ¿Miguel le habló a usted de esa gestión?

—Es seguro que impulsados por Pablo Neruda, los franceses efectuaran una gestión ante el cardenal amigo de Franco a fin de que actuara como mediador... Pero Miguel atribuía su liberación a un decreto gubernamental promulgado en esa época. El decreto imponía a las autoridades responsables que ratificaran las condenas de los detenidos ya juzgados y que pusieran en libertad a aquellos que, arrestados, no habían sido condenados. Miguel formaba parte de esos últimos y de ese modo pudo, sin necesidad de ninguna intercesión, dejar la prisión de Torrijos junto con un cierto número de otros prisioneros.

—¿Cómo fue arrestado de nuevo?

—Una vez liberado, Miguel partió para Cox a fin de reunirse con su mujer, Josefina. ¿Fue engañado por la aparente calma de Cox o por la euforia que experimentaba al volver a encontrarse con los suyos uno por uno? Quiso volver a ver a sus padres y a los Sijé y, desatendiendo los consejos de prudencia de sus amigos, decidió pasar algunas horas en Orihuela. Salía de casa de Gabriel Sijé cuando alguien lo vio y lo reconoció [35]. Arrestado, fue conducido entonces al Seminario...[36].

[35] Según gente bien informada de Orihuela, se trataría de un

—¿Qué recuerdos conserva usted de esa época?

—Miguel permaneció poco tiempo en el Seminario. Y como nuestras horas de "paseo" en el patio concordaran raramente, sólo nos vimos tres o cuatro veces. Diez minutos, un cuarto de hora, una media hora como máximo. Él tenía hambre y le faltaba aire, pero conservaba su optimismo y su buen humor. Una noche que caminábamos juntos charlando, me mostró a un preso: "—¿Tú no sabes lo que me ha pedido?" "—¿. . . ?" "—¡Que le escriba un soneto para dedicárselo a su novia!" Y, lanzando una carcajada: "A mí que no sé ponerle los cuernos a un amigo, ni siquiera por escrito!". . . Cuando fue transferido a Madrid [37], creímos que nuestro adiós sería definitivo.

—¿Cuándo volvieron a verse?

—En la prisión de Alicante donde, como lo supe más tarde, el azar nos hizo llegar casi al mismo tiempo, en junio de 1941. Como el Seminario de Orihuela había sido devuelto a sus primeros ocupantes, nosotros fuimos enviados hacia dos sitios: los prisioneros cuyo proceso estaba en curso, a Elche; los condenados a diversas penas, a la Penitenciaría para adultos de Alicante. Como los recién llegados, por medida de higiene, debían pasar algu-

---

cierto Morell. Mi interlocutor, interrogado sobre ese punto, no pudo darme una respuesta.

[36] El 29 de septiembre de 1939.

[37] En los primeros días de diciembre de 1939.

nos días aislados de los otros presos, y nosotros éramos numerosos, nos habían ubicado en el ex refectorio de la prisión. Una tarde, yo estaba matando el tiempo jugando una partida de ajedrez, cuando oí una voz que gritaba por encima mío, desde la ventana de una celda de la galería contigua al refectorio: "¿Hay aquí alguno de Orihuela?" Me di vuelta y, alzando los ojos, tuve la sorpresa de verlo: "¡Miguel!" Cuando salimos del refectorio, ya terminado el período de observación, volví a verlo en el patio y pudimos hablar. Había llegado hacía poco de la prisión de Ocaña y ocupaba la celda número 100 en la 4ª Galería. En Madrid, el Tribunal Militar lo había condenado a muerte, pero al cabo de algunos meses de cruel incertidumbre su pena había sido conmutada por la de treinta años de prisión. Después de haber purgado un año y medio de su condena en Palencia y en Ocaña, acababa de ser transferido a Alicante. Sus compañeros de celda —Ricardo Fuente, José Ramón Clemente, Rigoberto Martín Lloret, Luis Jiménez Esteve— estos tres últimos de Alicante, —eran simpáticos. Sobre todo Martín Lloret, muy bromista, lo divertía, y las relaciones entre ellos eran fraternales. Una sola nube venía a oscurecer de vez en cuando esta cálida atmósfera, sumergiéndolo entonces en un terrible estado de depresión: la idea de que su mujer y su hijo Manuel Miguel no debían comer lo necesario... Cuando el reglamento se hizo más flexible nos vimos todos los días, largamente,

en su celda, en tal o cual dormitorio, sobre todo en el patio, donde pasábamos horas enteras por la tarde después de la siesta reglamentaria. Allí en el patio trabajaba él. Había decidido aprender el inglés y daba vueltas en círculo con su libro en la mano y una toalla anudada en torno de su cabeza rapada para protegerse del sol.

—¿Usted lo veía escribir sus poemas?

—No. Él era muy discreto en cuanto a su actividad poética. Hablaba de sus proyectos pero nunca nos mostraba sus poemas cuando éstos estaban terminados. A lo sumo aceptaba de vez en cuando leernos algunos fragmentos. Debía componerlos y retenerlos de memoria para copiarlos por la noche en su celda, a la luz de la pálida lámpara permanentemente encendida. Por otra parte, él repetía a menudo: "No tengo archivos mejores que mi memoria."

—¿Cuál fue, a criterio suyo, el día más feliz que él tuvo en la prisión?

—Sin ninguna duda, aquel en que pudo, libremente, tomar a su hijo por primera vez en sus brazos. Desde su transferencia a Alicante, Miguel había tenido la posibilidad de ver —¡con qué alegría!— a su mujer y a su hijo casi todas las semanas, desde detrás de las rejas del locutorio. Pero el 24 de septiembre de 1941, día de la Virgen de las Mercedes, patrona de los presos, fue autorizado como todos los hombres casados a recibir a su familia en el patio de la prisión. ¡Cómo olvidar la escena!...

Él estaba allá, en un rincón del patio, teniendo en sus brazos entorpecidos los juguetes que otros presos habían fabricado para esa ocasión. Cuando vio entrar a Manuel Miguel, ese niñito frágil de dos años y medio que los guardias llevaban de la mano, sus ojos comenzaron a chispear de alegría. Pero cuando el niño se trepó a sus brazos, fue el delirio. Durante toda la mañana y una parte de la tarde, él se pasó mirándolo con ojos brillantes, mientras su hijo iba y venía por el patio, empuñando y rompiendo esos tan frágiles juguetes de cartón y madera. Josefina había llevado pan, fruta, algunos de esos alimentos que tanta falta le hacían. Pero él no comió. Simplemente, miraba trotar al niño...

—¿Alguna vez evocó Miguel ante usted las visitas que ciertos escritores le hicieron con la esperanza de hacerlo adherir al Régimen y de esa manera obtener su liberación?

—Sí. La primera visita tuvo lugar en la prisión de Torrijos, en Madrid, cuando él acababa de ser juzgado y condenado a muerte. Rafael Sánchez Mazas, José María de Cossío y José María Alfaro se presentaron para verlo. Si él aceptaba demostrar arrepentimiento —incluso un arrepentimiento simulado— ellos estaban seguros de conseguir su libertad. En el fondo, bastaba sencillamente con que él aceptara ayudarlos en sus trabajos. Miguel se encolerizó: "¿Qué trabajos?", y no volvió a abrir la boca. Más tarde, relatándome el asunto, me dijo: "¡Me parece increíble que esos viejos amigos no

me hayan conocido mejor! ¡Que hayan venido a verme para hacerme pretensiones deshonestas, como si Miguel Hernández fuera una puta barata!" Cuando Miguel fue remitido a la cárcel de Ocaña, esos mismos escritores intentaron una nueva gestión, pero él se negó a recibirlos. El último mensajero que se le envió fue un cura que, si mi memoria es buena, enseñaba el alemán en un colegio de Alicante. Acababan de operar a Miguel y él estaba en su lecho, en la enfermería de la penitenciaría, sufriendo en forma atroz, pero a pesar de todo luchando desesperadamente contra la muerte. El cura entró y le mostró un ejemplar de su "auto sacramental" *Quien te ha visto y quien te ve*. "—Este, este es su verdadero campo, el de los místicos." Miguel se volvió hacia él: "Escúcheme. El estado en que me encuentro no es propicio para escribir ni en ese campo ni en ningún otro. Debo tratar de salvar mi vida y después veremos si yo escribo o no... Porque usted debe saber que cuando se escribe, se escribe lo que se siente. ¿Cómo podría yo saber lo que puedo escribir el día de mañana?" Y lo despidió...

—¿Cómo se originó la enfermedad de Miguel?

—La enfermedad vino ante todo a causa de la mala alimentación de la cárcel y sobre todo de la impureza del agua que allí se bebía. Por otra parte, toda esta zona del Levante estaba hasta hace algunos años asolada por la fiebre tifoidea. Hasta los más sanos la atrapaban. Naturalmente, la mayor parte

tenía posibilidad de cuidarse. Pero en las cárceles... Y además, hubiera sido necesario que Miguel comiera más, pero él no aceptaba ninguno de los suplementos que le traían, estimando que debía hacerlos llegar a su familia o a sus compañeros...

—¿Él se daba cuenta realmente de la gravedad de su estado?

—Sí, sobre todo a partir del momento en que lo operaron. Desde que comprendió que estaba perdido, pidió a los enfermeros que inmediatamente después de su muerte destruyeran todos los objetos que le pertenecían: escritos, libros, etc. En el último tiempo le fueron suspendidas todas las visitas. Únicamente dos o tres de los nuestros iban a verlo por algunos instantes, ocultándose de los guardianes. "¿Cómo estás?" "¿Necesitas alguna cosa?" Él rechazaba todo lo que le llevábamos, hasta los pedazos de azúcar que, sin embargo, le hacían tanta falta. Rechazaba también la leche de la prisión, porque le encontraba mal gusto. Solamente bebía la leche de cabra que su hermano Vicente le enviaba por intermedio de su hermana Elvira.

—¿Todavía escribía?

—Sí, sobre papel higiénico que le quedaba de la época en que lo utilizaba para hacer sus ejercicios de inglés, porque le resultaba más barato...

—¿Cuándo lo vio usted por última vez?

—La misma noche de su muerte. Él había conservado su pleno conocimiento. Me dijo que se sentía muy mal y que ya no tenía ninguna esperanza.

Murmuró, mirándome: *"Luis, yo sé por dónde va la procesión..."* Murió al alba, sin sufrimientos. Los enfermeros, que conocían nuestra intención de recoger sus papeles, nos los llevaron inmediatamente. Eran notas garabateadas con lápiz, que intentamos descifrar y copiar sobre un papel mejor. Ante la dificultad de la empresa, decidimos finalmente conservarlas tal cual, a fin de confiárselas a Gabriel Sijé apenas se presentara la ocasión. Algunos días más tarde, éste hizo varias copias a máquina y remitió los originales a Josefina. Nosotros nos presentamos también ante la Dirección de la Penitenciaría con la esperanza de obtener la autorización para moldear una máscara mortuoria. Se nos respondió que únicamente podía ser acordada por la Dirección General de Prisiones. No pudimos obtenerla, pero a pesar de todo fuimos autorizados a velar el cuerpo de Miguel hasta la hora del entierro. Por otra parte, éste tuvo un carácter excepcional. En efecto, hasta ese día, cuando un cadáver dejaba la prisión, resonaba un solo toque de corneta y aquellos que se encontraban en el patio se limitaban a ponerse de pie al paso del féretro. Para Miguel se formó un verdadero cortejo hasta la puerta de la penitenciaría. Y, también por primera vez, la fanfarria de la prisión fue autorizada a tocar una marcha fúnebre...

Orihuela, 14/18 de abril de 1962.

DOS DOCUMENTOS

Comunicados por don José Martínez Arenas.

CERTIFICACIÓN EN EXTRACTO DE ACTA DE NACIMIENTO

Libro 60.
Folio 188.
Núm. 188.
Procedencia del documento en su caso
.....

Don Bernardo Penalva Costa, Abogado y Juez Municipal de Orihuela, provincia de Alicante, y Encargado de su Registro civil, CERTIFICO: Que según consta del acta reseñada al margen y correspondiente a la Sección I de este Registro Civil,

D. Miguel Hernández Gilabert
nació en Orihuela
el día treinta de Octubre de mil novecientos diez
y es hijo de D. Miguel y de Dª Concepción.

Orihuela, a 23 de Enero de 1953.

Firma del Encargado del Registro (Firmado y rubricado)

Firma del Secretario (Firmado y rubricado)

En la cima de la Muela de Orihuela (1936).

Orihuela. Calle Ramón y Cajal: lugar donde Miguel Hernández fue reconocido y arrestado el 29 de septiembre de 1939.

CERTIFICACIÓN EN EXTRACTO DE ACTA DE DEFUNCIÓN

Libro 21.
Folio 254 K.
Núm. 507.
Procedencia
del *documento*
en su caso
.....

Don Jesús Carrión Ruiz, Juez de Distrito Núm. UNO de Alicante y encargado de su Registro Civil,

CERTIFICO: Que según consta del acta reseñada al margen y correspondiente a la Sección II de este Registro civil,

D. Miguel Hernández Gilabert, nacido en Orihuela (Alicante), de treinta y un años de edad e hijo de Miguel y de Concepción, de estado casado con Josefa Manresa Marhuenda, FALLECIÓ en Alicante el día veintiocho de Marzo de mil novecientos cuarenta y dos, a consecuencia de Fimia pulmonar.

Alicante, a 12 de Mayo de 1953.

Firma del Encargado del Registro
(Firma con rúbrica)

Firma del Secretario
(Firma con rúbrica)

PÁGINAS HALLADAS
DE
MIGUEL HERNÁNDEZ

Los poemas, textos en prosa y cartas que figuran a continuación no se hallan incluidos en ninguna de las obras impresas de Miguel Hernández. No han sido recogidos tampoco en la muy hermosa edición de las *Obras Completas* del poeta, Losada, Buenos Aires, 1960.

POEMAS DE ORIHUELA

(1930 - 1931)

Bajo este título he reunido los poemas juveniles de Miguel Hernández, escritos en la época en que éste era cabrero en Orihuela. Todos han sido publicados en la prensa local, ya se tratara de semanarios como *El Pueblo de Orihuela* y *Actualidad*, o revistas bimensuales como *Voluntad* y *Destellos*. Los originales son conservados por don Francisco Giménez Mateo, quien ha tenido la gentileza de ayudarme a reconstituir este conjunto, por lo que aquí le expreso mi agradecimiento.

PASTORIL

Junto al río transparente
que el astro rubio colora
y riza el aura naciente
llora Leda la pastora.

De amarga hiel es su llanto.
¿Qué llora la pastorcilla?
¿Qué pena, qué gran quebranto
puso blanca su mejilla?

¡Su pastor la ha abandonado!
A la ciudad se marchó
y solita la dejó
a la vera del ganado.

¡Ya no comparte su choza
ni amamanta su cordero!
¡Ya no le dice: "Te quiero",
y llora y llora la moza!

*

Decía que me quería
tu boca de fuego llena.
¡Mentira! —dice con pena—
¡ay! ¿por qué me lo decía?

Yo que ciega te creí,
yo que abandoné mi tierra
para seguirte a tu sierra
¡me veo dejada de ti!...

Junto al río transparente
que la noche va sombreando
y riza el aura de Oriente,
sigue la infeliz llorando.

*

Ya la tierna y blanca flor
no camina hacia la choza
cuando el sol la sierra roza
al lado de su pastor.

Ahora va sola al barranco
y al llano y regresa sola,
marcha y vuelve triste y bola
tras de su rebaño blanco.

¿Por qué, pastor descastado,
abandonas tu pastora
que sin ti llora y más llora
a la vera del ganado?

*

La noche viene corriendo
el azul cielo enlutando:

el río sigue pasando
y la pastora gimiendo.

Mas cobra su antiguo brío,
y hermosamente serena,
sepulta su negra pena
entre las aguas del río.

. . . . . .

Reina un silencio sagrado...
¡Ya no llora la pastora!
¡Después parece que llora
llamándola, su ganado!

En la huerta, a 30 de diciembre de 1929.

(*El Pueblo de Orihuela*, Nº 99, Orihuela, 13-1-1930)

SONETO

Estoy perdidamente enamorado
de una mujer tan bella como ingrata;
mi corazón otra pasión no acata
y mis ojos su imagen han plasmado.

Si escudriño en mi pecho, triste creo
que otra hermosa me diera sólo enojos
y si sereno miro, ante mis ojos
su figura gentil tan sólo veo.

Con voz trémula le dije mi cariño;
y sarcástica y cruel exclamó: "¡Niño,
conoces el amor sólo de nombre!"

Y desde entonces sufro lo indecible...
¿Por qué, amada mujer, crees imposible
en un cuerpo de niño un alma de hombre?

En la huerta, enero de 1930.

(*El Pueblo de Orihuela*, Nº 102, Orihuela, 3-2-1930)

AL VERLA MUERTA...

¡Probe Juanica! ¡Probe güertana...!
Por la sendica pal cimenterio la han llevao muerta
esta mañana...
¡Sa queao el cielo sin resplandores, sin luz la
güerta...!
Fue la mocica, noble y bravía...
¡Fue la alegría
de este partío!
El capullico más campanero que s'abre al día
y del almendro reflorecío,
rama pulía.
Por la sendica se lo llevaron su cuerpo yerto...
y dinde entonces el claro cielo de luto viste;
lloran los pájaros adentro el güerto...
¡Tuíco está triste!
El arroyico que se dilata,
disquía la choza que ella habitara, por tuíco el suelo
como una cinta e cascabelicos, como un espejo largo
de plata,
cruza mudico, cruza enturbiao porque su cara ya
no retrata,
y las palomas pal cimenterio guían el güelo...
¡Ya no más noches en su ventano lleno de luna,
lleno de azahares
a los compases de mi guitarro
diré cantares!

¡Si s'ha marchao quien m'ascuchaba! ¡Pa icir
pesares
el guitarrico ya solo agarro!
La vide anoche muerta... ¡Qué hermosa!
En la mesica paecía dormía... Me entró una
cosa...,
una de lloros cuando la vide con la mortaja,
rodía de cirios, blanquica y maja
como una rosa...
Por la sendica se la llevaron esta mañana... Y al
verla muerta,
la palmerica mustió la palma;
se queó el cielo sin sus colores, sin luz la güerta,
tristes los pájaros, rota mi alma...

En la huerta, 6 de febrero de 1930.

(*El Pueblo de Orihuela*, Nº 103, Orihuela, 10-2-1930)

NOCTURNA

Es la noche luminosa
y la huerta en calma yace.
Sólo, algunas veces nace
en la sombra vagarosa
una canción melodiosa
que los espacios desgarra,
y el gemir de una guitarra
pulsada por diestra mano
junto a un florido ventano
y bajo una oscura parra.
Luego el más leve murmullo
aquel misterio no turba...
El río su orilla curva
relame sin un arrullo.
La luna, blanco capullo
de la callada corriente,
en el agua transparente
su forma gentil retrata
y arroja chorros de plata
sobre la vega durmiente.
La azul bóveda rebrilla
de estrellas en un derroche...
En la majestuosa noche
todo es una maravilla.
Una sonora avecilla
entre la espesa arboleda
teje unas canciones queda...

La quietud que reinó muere
porque ahora una sombra hiere
el cauce de la vereda.
"¡No lo creo: es desacato...!
¡Decirme que mi güertana
con uno está en la ventana...!
Si eso es verdá... ¡la mato!
Mas no, no. Soy un ingrato
yo. Mi esposa es una santa..."
—murmura— mientras su planta
en el suelo apenas roza.
Llega cerca de una choza;
oculto, mira y se espanta.
Ronco grito de amargura,
de rabia, lanza su boca;
y preso de furia loca
exclama: "¡Es cierto! Es perjura!
¡Oh!..." Y en su mano insegura
arma vengativa toma.
"¡Infame!", dice y asoma
lanzando sordos rugidos...
y con un ¡ay! dos estampidos
suenan... alguien se desploma.
Él cree que es engañado,
hasta la ventana avanza
a rematar su venganza
en ella, que un grito ha dado:
—¿Tú has sío quien lo has matado?
¡Tú, tú...! —pregunta anhelante.
—¡Sí! ¡Yo he matado a tu amante!

—A mí... ¡Dios! ¡A nuestro hijo!
—¿Qué dices? —¡Míralo fijo!
—¡Verdá! —Cae agonizante...
Y vuelve a reinar ahora
aquella quietud serena.
Esparce la luna llena
su luz clara y soñadora,
hasta que nace la aurora
y pinta el cielo de grana,
y hermosea y engalana,
y el pájaro trina a coro,
y el sol bordado de oro
viene a anunciar la mañana.

(*El Pueblo de Orihuela*, Nº 104, Orihuela, 17-2-1930)

¡MARZO VIENE...!

¡Marzo! ¡Viene marzo...! El astro de rubios
cabellos, la huerta satura y orea.
Son las brisas tibias y llenas de efluvios...
¡Marzo! ¡Viene Marzo! ¡Bienvenido sea!

El amplio horizonte no ostenta vellones
de nieblas, ni nubes de colores densos:
los grandiosos cielos, regios pabellones
son diáfanos, puros azules intensos.

Las flores despiertan de su frío sueño
abriendo a los besos del sol sus corolas;
sobre los sembrados de verdor risueño
florecen sangrientas miles de amapolas.

El ruiseñor teje la canción primera;
el límpido arroyo musical suspira...
El vaho perfumado de la primavera
en ráfagas cálidas por doquier se aspira.

Los undosos huertos de las rojas frutas
estallan de blancos azahares en pomas,
mientras sus cosechas por cientos de rutas
transportan los carros esparciendo aromas.

Bulliciosas aves van en batallones
por el claro espacio batiendo las alas.

El almendro, mágico, rompe sus botones
y los tallos viste con sus níveas galas.

Medran las moreras... El rudo huertano
lanza tras la yunta su tonada, queda,
mientras piensa, alegre, que pronto el gusano
le dará montones de amarilla seda...

Buscan los jilgueros donde hacer su nido,
croa la rana al borde de la limpia alberca...
¡Todo, todo dice del Abril florido
que a gigantes vuelos se acerca!, ¡se acerca...!

Entre rumorosas y amenas riberas
su caudal fecundo derrama el Segura:
remécense gráciles las altas palmeras...
¡La huerta está ebria de luz y hermosura!

La noche se cierra de estrellas cuajada...
Entre sus misterios el amor incita...
El alma cansina siéntese alentada
y el corazón viejo juvenil palpita.

¡Marzo! ¡Viene Marzo pródigo y amigo
reanimando vidas y sembrando flores!
¡Marzo, te saludo! ¡Marzo, te bendigo...!
¡Tú has hecho que en mi alma broten los amores!

En la huerta, 28 de febrero de 1930.

(*El Pueblo de Orihuela*, Nº 107, Orihuela, 10-3-1930)

EL NAZARENO

Se horrorizan los ancianos, se conmueven las
doncellas
enseñando las pupilas tras los mantos y los velos
anegadas por el llanto. Y las masas por los suelos
caen mostrando, de temores y dolor en la faz,
huellas.

Enmudecen los clarines: no se escuchan las
querellas
de tristísimas saetas, ni la voz de los abuelos
que pidiendo van por Cristo. Y en el rostro de los
cielos
como lágrimas enormes se estremecen las estrellas.

Reina un hórrido silencio que es tan sólo
interrumpido
por redobles de tambores y algún lúgubre gemido
que se sube hasta los labios desde un pecho de fe
lleno...

Y entre mil encapuchados con mil llamas de mil
cirios,
con las carnes desgarradas aún más pálidas que
lirios
y la cruz sobre los hombros, cruza, humilde, el
Nazareno.

(*La Voluntad*, Nº 3, Orihuela, 15-4-1930)

"FLOR DEL ARROYO"

Alocada mariposa.
Figurilla de marfil
débil, morena y hermosa.
La más primorosa rosa
de un alba del bello Abril.

Esto la gente decía
que era una niña gitana
que vieron llegar un día
por los caminos de Hungría
tras errante caravana.

Mostrando un gallardo talle
de venusina escultura
y andares de ave de valle
corría de plaza en calle
a echar la buenaventura.

Con la ropa de colores,
la boca de risa prieta,
llenos de extraños fulgores
los ojos fascinadores,
y la ronca pandereta.

Al transeúnte detenía;
mientras el cuerpo serrano
arqueaba y retorcía,

el porvenir le leía
en los trazos de la mano.

Siempre así: lúbrica y pura
iba la flor del arroyo,
toda vida y hermosura,
sin que en su marcha insegura
hallara ningún escollo.

Pero llegó a detenerla
en aquel camino un hombre:
se enamoró de ella al verla,
se acordó un día de quererla
y al otro... ni de su nombre.

Y la pobre gitanilla
que había puesto todo el fuego
de su alma ardiente y sencilla
al amar, no la mancilla,
el desamor lloró luego.

Su pandereta sonando,
moviendo su grácil talle,
su dolor disimulando,
riente al transeúnte abordando,
cayó muerta un día en la calle.

Alocada mariposa.
Figurilla de marfil
débil, morena y hermosa.

La más primorosa rosa
de un alba del bello Abril.

Esto sólo con voz huera,
dijo de la sin apoyo
la gente —siempre embustera—.
No hubo nadie que dijera:
¡Era una flor del arroyo!

(*La Voluntad*, Nº 4, Orihuela, 30-4-1930)

AMOROSA

Juventud sin amores
no es juventud.

BALART.

Muchachita de luengos cabellos de oro
y figura que sólo sueña el pintor,
que deshojas las flores del gran tesoro
de los pocos abriles sin un amor.

Ama, hoy que en tu boca canta la risa
como un pájaro de oro que hizo el nidal
en tu ebúrnea garganta donde la brisa
que la cerca perfuma su áureo cristal.

Hoy que estás en la aurora roja y galana
que la vida nos brinda sólo una vez;
hoy que es fresa tu boca, coral y grana
y alabastro bruñido tu tersa tez.

Que es tu cuerpo un magnífico y airoso nardo;
que es tu pecho turgente, rosa y marfil;
que es tu cuello el de un cisne níveo y gallardo
y tu aliento fragancias tiene de Abril.

¡Ama! Linda muchacha de ojos de maga
y de labios purpúreos llenos de miel.
¡No es eterna tu aurora, su luz se apaga...
y la sigue la noche negra y cruel!

¡Ama, linda muchacha! Bajo tu reja
florecida, te aguarda con hondo afán,
—el chambergo tirado sobre la ceja
y una hoguera en el pecho— gentil galán.

Dale, dale que colme tales ardores
lo más puro de tu alma... ¡No tu desdén!
¡Ama, niña! No aguardes a que esas flores
de tu cuerpo y tu reja mustias estén.

¡Ama, vive la vida bella e inquieta!
No te muestres esquiva, que no es virtud...
Es... lo dijo, filósofo, grande poeta:
"¡Juventud sin amores, no es juventud!"

(*El Pueblo de Orihuela*, Nº 114, Orihuela, 30-4-1930)

ORIENTAL

Con el ceño sombrío, con el gesto altanero
y la frente más pálida que una aurora de enero,
sobre alfombra turquesa se halla echado el Sultán;
una nube de penas la mirada le embarga;
de su pipa de opio la espiral sube larga...
¡El Sultán está triste como un preso alcotán!

En el patio una fuente vierte el chorro sonoro
de sus cien surtidores en su taza de oro,
donde el cielo contempla su semblante de azul,
y las rosas que sólo no negó Alejandría,
y el clavel purpurino que en El Cairo se cría,
y el fragante y soberbio tulipán de Stambul.

Dos pebetes arrojan enervante fragancia,
descansando en dos ángulos de la mágica estancia
revestida de jaspes, oro, seda y coral,
y entre redes de plata mil y mil aves cantan,
que del dueño opulento los pesares no espantan,
ni le ponen alivio con su son musical.

Es en vano que lleguen sus esclavas más bellas,
como coro de ninfas, como sarta de estrellas,
a ofrecerle sus cuerpos en el plácido harén,
a trenzar locas danzas en redor de su frente,
a entonar coplas árabes con sus guzlas de Oriente...
El Sultán las contempla con marcado desdén.

Del umbral a los medios, tras colgantes alfombras,
dos armónicos nubios, como dos pétreas sombras,
le custodian, armados de puñal cortador...
El Sultán no permite que entre nadie a su estancia,
quiere estar triste y solo como el cielo de Francia,
por entero entregarse a su negro dolor.

Como hermética esfinge, lleva el turco guardado
su dolor, que hondos surcos en su frente ha labrado
y ha escanciado en sus labios el sabor de la hiel,
que una nube de penas ha tendido en sus ojos,
que le ha puesto en el alma de cuchillos manojos
y en las sienes la albura de su blanco alquicel...

En su taza dorada canta el chorro sonoro,
armonía en sus redes dan las aves a coro;
las esclavas inician una danza feliz:
pero el dueño, hierático, ha extendido la diestra...
y los pájaros cesan en su charla maestra,
y las bellas se ocultan tras un rico tapiz.

El Sultán ya no espera que nadie más le estorbe,
y en su pena se abisma, y en su pena se absorbe
mientras bebe del opio el azúleo vapor...
Luego, irguiéndose lento, melancólico exclama:
"¿Por qué vuela con otro...? ¿Por qué ya no me
ama?"
y una lágrima rueda por su faz sin color...

(*El Pueblo de Orihuela*, Nº 116, Orihuela, 14-5-1930)

HORIZONTES DE MAYO

¡Oh, noche de Mayo...! ¡Noche azul y blanca,
diáfana y serena!
¡Cómo al diablo roba coplas, cómo arranca
del ahogado pecho la traidora pena!
¡Oh, noche de Mayo! Noche maga y bruna,
cálida y risueña:
en el cielo se abre cual lirio la luna,
pura y marfileña...
Entre los misterios de la noche en calma,
siéntese el continuo resbalar del río,
el gallardo ondeo de la enhiesta palma,
el murmullo dulce del moral sombrío.
En la rama oscura
del naranjo, el céfiro juguetea sonoro;
un pájaro poeta trama, en la espesura,
líricas estrofas con su pico de oro.
Rítmica, monótona, da una noria vueltas,
arrojando de agua limpios manantiales,
que en estrechos cauces viértense, resueltas,
como sierpes áureas, hasta los bancales;
y mientras sus tierras la corriente alcanza,
el huertano brega sobre el margen, brioso;
y una canción tierna de su boca lanza,
que acogen las sombras en su seno umbroso.
Ráfagas de brisa surcan los espacios,
y a su paso intensos aromas destilan;
como temblorosos y claros topacios,

múltiples estrellas que en el cielo oscilan...
La ciudad dormita, bajo del influjo
de la mansa noche, que sopor le infunde...;
mancha la alta esfera un buho negro y brujo,
y en un campanario fantástico se hunde.
¡Oh, noche de Mayo... blanca, azul y bruna...!
¡Noche en luz de luna hecha casta orgía!
¡Oh, mujer...! Asoma tras de tu moruna
reja... ¡Que la noche toda sea poesía...!

(*Actualidad*, Nº 117, Orihuela, 22-5-1930)

SUEÑOS DORADOS

La ciudad le arrastraba como el viento a la arena,
con sus ígneos destellos, con su voz de sirena,
con sus mágicas luces, con su mucho placer;
y él, el pecho poblado de un jardín de ilusiones,
de su madre no oyendo las tan sabias razones,
ofuscada la mente, la ciudad quiso ver.

Él creíase músico; él creíase artista;
él creía su nombre digno de ir en la lista
del glorioso Beethoven, y Wagner y Mozart;
y dejando a su madre con angustia y con llanto,
dirigióse a la urbe, soñador, donde tanto
engañado, se lanza, a sufrir y a llorar.

Mariposa aturdida, que en la luz cegadora
que una lámpara finge llameante y traidora,
traza rápidos círculos hasta en ella morir,
era aquel pobre iluso: la ciudad de repente
columbró con sus risas de mujer complaciente;
se acercó; y en sus sombras pronto vínose a hundir.

Con su flauta, imitando cantos de aves y brisas,
despertando en las gentes sólo burlas y risas,
recorría las calles de la maga ciudad...
¿Dónde estaban las dichas de sus sueños felices?
¿Dónde estaban sus sueños de rosados matices,
los destellos aquellos que creyera verdad...?

¡Ay!, mentira era todo: ni placeres, ni glorias...
¡nada halló! Sólo un astro de mundanas escorias
a sus cándidos ojos comenzó a descubrir,
y amargada su alma por la hiel del fracaso,
día tras día marchaba con su flauta al acaso,
cataratas de notas de ella haciendo fluir.

Y las calles cruzaba porque el hambre maldito
le ponía en su estómago natural y hondo grito,
reír haciendo la flauta de enmohecido metal;
y vagando por ellas como el más bajo pobre,
descendía a sus dedos unas veces un cobre
y otras veces... no, nada... Nieve, o sol estival...

Llegó un día que nadie puso nada en su mano;
y aquel día el incauto soñador provinciano
de su flauta adorada túvose que alejar:
la dio a cambio de un trozo de pan negro y
custrido...
¡Ya no más sentirá su armonioso sonido!
¡Ya no más en sus labios la podría apresar!

Por fin... una mañana del diciembre sombrío,
vacilante, extenuado por el hambre y el frío,
sobre el pecho caída tristemente la faz,
penetró en su buhardilla, donde el sol por estrecho
agujero, formado por su mano en el techo,
débilmente internaba rubio rayo de paz.

Se sentía sin fuerzas, se sentía sin vida...
Desplomóse en el suelo; y en su madre querida
suspirando y gimiendo con dolor se acordó.
Luego... luego en su flauta... ¡Ay, su alegre
tesoro!
Y expiró... El sol radiante, larga flauta de oro,
por el techo horadado, de su boca colgó...

Orihuela, 26 de mayo de 1930.

(*El Pueblo de Orihuela*, Nº 118, Orihuela, 28-5-1930)

AMORES QUE SE VAN...

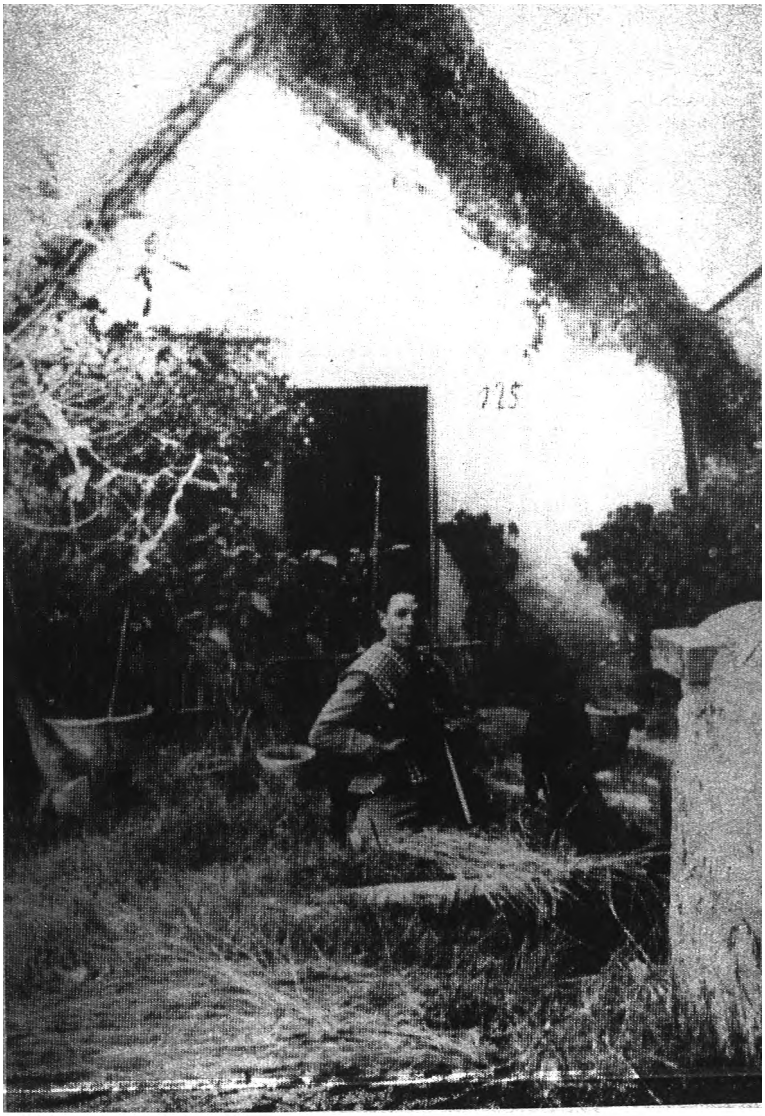
I

El sol brilla rutilante
y al ocaso lento marcha...
Por la senda,
por la senda curva y blanca,
por la senda que sombrean los granados florecidos,
los morales y las palmas,
una anciana gime y llora,
llora y anda:
sobre un pardo borriquillo
va una caja;
una caja diminuta,
diminuta cual vellón de nieve alba;
una caja que un tesoro lleva dentro:
un tesoro de la anciana:
un niñito como un cándido querube,
que en la vida ya han cesado de batir sus tiernas alas...
Va la anciana suspirando,
va rompiendo sus entrañas
por la senda
sombreada,
por el palio de los mágicos granados,
del moral y de las palmas,
tras el pardo borriquillo que transporta su tesoro
en la diminuta caja...

Y el sol brilla, más hermoso,
y el sol brilla, más hermoso, cuando alcanza
a ponerse por corona,
por corona de una indómita montaña...

II

¡Ya ha llegado al cementerio la ancianita,
tras la caja,
tras la caja que contiene su tesoro...!
¡Ya abre un hombre con un pico estrecha zanja!
Y la anciana se horroriza;
se horroriza y así exclama:
"¿Es posible que en resquicio tan estrecho,
tan estrecho... quepa mi alma...?
¡Ay, mi hijico!"
Y abrazada
a la caja diminuta, cae por tierra,
hecha un mar de ardientes lágrimas;
y en su pecho, los suspiros
con dolor inmenso estallan...
Unos brazos toscos, bruscos,
de repente de su presa la separan...
Y en el hoyo pavoroso, ha poco abierto
cae la caja,
cae la caja con macabro y hueco ruido,
cae la caja cual vellón de nieve alba...
En el borde está la vieja suspirando:



Miguel, cabrero, en su "barraca" de la huerta de Orihuela.

En la época de *Poemas de Orihuela.*

"¡Ay, mi hijo de mis entrañas...!",
mientras rueda tierra adentro,
mientras rueda tierra adentro dando notas
destempladas.

¡Ya no brilla el sol hermoso!
¡Ya no brilla! Se ha ocultado en la montaña
y la tarde ya se extingue,
y la tarde ya se apaga,
cual la luz del débil faro combatido por el cierzo,
cual la vida de la anciana,
que repite junto al hoyo ya cubierto por la tierra:
"¡Ay mi hijico! ¡Ay mi hijico de mi alma...!"

(*La Voluntad*, Nº 6, Orihuela, 30-5-1930)

OFRENDA

A don José Mª Ballesteros, con toda la admiración y el respeto que siente hacia él este inculto pastor.

Cual águilas veloces, cual aves pregoneras
volaron los periódicos saltando las fronteras
de cientos de ciudades, de pueblos mil y mil;
llevando anunciadoras sus alas soberanas
el título de un libro magnífico: "¡Oriolanas!..."
¡Retrato de la tierra del perennal abril!

Fue un grito aquel anuncio del libro de la tierra,
que cual al ronco y áspero que da el clarín de guerra
del oriolano el alma tembló con emoción;
mas no de horror cubierta, sino de gozo henchida...
¡Aquel libro copiaba la vida de su vida,
los vicios y virtudes de su ancho corazón!

Y, de a sí propio verse plasmado en las cuartillas,
ilusionado y ávido vio el libro... Maravillas
hallaba en cada página del bello texto aquél...
¡Allí estaba su vega con huertos y barracas,
estaban sus jardines de rosas y albahacas,
estaba su Orihuela, estaba... estaba él!

Estaba palpitante de alientos y de vida,
la omnímoda figura sobre su trono erguida,

de su amoroso "Abuelo" cargado con la cruz;
también su "Morenica" con una arcaica historia;
aquella que la envuelve como un girón de gloria
y como un milagroso raudal de pura luz.

Su cielo de turquesa, su sol de oro y de lumbres,
su histórica leyenda, sus plácidas costumbres,
el Oriolet, Peñetas, la Muela y el Rabal,
sus templos majestuosos de sobria arquitectura,
sus poéticas callejas, su bienhechor Segura
y su castillo, al cielo lanzándose triunfal.

Y estaba, descollando sublimemente, un hombre
con oriolana alma, con oriolano nombre,
con oriolanos bríos y noble proceder;
y unos huertanos viejos que la Implacable inmola,
y una mujer, Teresa, con alma de Armengola,
con pujos de princesa, con ansias de mujer...

Todo eso halló en las páginas de aquel libro-tesoro
de aromas, impregnado de azahar, vestido de oro,
de luces peregrinas, de vívido color;
y díjose: ¡Orihuela: hay ya en tu dulce seno
un oriolano todo, un hijo amante y bueno...!
¡Huerta: ya en tus naranjos hay otro ruiseñor!

Orihuela, 28 de mayo de 1930.

(*Actualidad*, Nº 119, Orihuela, 5-6-1930)

MOTIVOS DE LEYENDA

En la más rica estancia que ocupa la regia Mezquita,
sobre chino cojín reclinado Hixém, el rey moro,
las estrofas que vates moriscos rimaron recita
al compás de su cítara de oro.

Por sus ojos profundos, la dicha parece que ronda;
y hay en ellos las luces fosfóricas que irradia el diamante
más soberbio que vieron los rayos del sol del Golconda
y que prende su rojo turbante.

Por sus labios resbala la risa con son argentino
y su pecho cual ola traviesa se abisma y levanta.
¿Por qué tiene su negra mirada destello divino?
¿Por qué ríe Hixém? ¿Por qué canta?...

¿Por qué tornan sus huestes guerreras cantando victoria
y portando, con lanzas, cimeras, aceros, bridones,
coseletes, arneses, corazas y adargas, la gloria
y del viejo solar castellano los rotos pendones...?

¿Por qué es dueño de Córdoba, tierra de luz y claveles?
¿Por qué próspera siempre le ha sido la loca Fortuna?

¡Porque su alma de hierro ha llenado de amores y mieles
una almena con ojos de luna!

Por Halewa responde la bella que dueña se ha hecho de su ser, y es hermosa cual rosa de egipcio pensil: es su cuerpo de anfóricas curvas, de nieve su pecho y es heleno su altivo perfil.

¡Hixém la ama y con ser de ella amado dichoso se siente!
¡El rey moro mujer como aquella jamás ha gozado!
En sus gracias se aspiran los óleos que emana el Oriente.
En su boca un carbón de Infierno se encuentra enredado.

¡Hixém la ama! Por eso en sus ojos la dicha le ronda,
y hay en ellos las luces fosfóricas que irradia el diamante
más soberbio que vieron los rayos del sol del Golconda
y que prende su rojo turbante.

¡Hixém la ama! Por eso su pecho gozoso se agita
y en su boca la risa destila un hilillo de oro.
¡Hixém la ama! Por eso mil gayas estrofas recita
al compás de su cítara de oro.

Y por eso; porque ama con recia pasión a la bella,
deja el lindo instrumento y se alza del chino cojín,
y su airoso alquicel recogiendo se va en busca de
ella
al fragante y risueño jardín.

. . . . . .

¿Qué pasó, que penetra de nuevo colérico y mudo
en la estancia y marchando con paso dudoso e
incierto,
con su alfanje en la mano nerviosa le encuentra
desnudo
y de sangre humeante cubierto. . . ?

¿Qué pasó. . . ? En el jardín, donde lanza la fuente
reidora
una linfa que rauda recorre la umbrosa floresta,
la querida de Hixém, enlazada con un cuerpo,
llora. . .
¡con un cuerpo que yace sin testa!

(*La Voluntad*, Nº 7, Orihuela, 15-6-1930)

INTERROGANTE

Contemplad al huertanico: Sobre el pecho la cabeza,
enturbiada la mirada por un velo de tristeza
y abatido, está sentado de su choza en el umbral;
y los granos del rosario de las horas disminuyen
sin que advierta como ruedan, sin que advierta como huyen,
oprimido su ser todo de una angustia criminal.

Tres días hace que por esa blanca senda retorcida,
de morales bordeada, se llevaron una vida
a la aldea misteriosa de las cruces y el dolor;
una vida que la muerte cercenó con torpe mano;
que era el ave alegradora de la vida del huertano,
la luz santa donde ardían las candelas de su amor...

Desde entonces a la puerta de su rústica morada,
con la frente negra y mustia y enclavada la mirada
en la senda corva y nívea que a sus pies viene a morir,
no ve abrirse el horizonte con la roja flor del día,
ni cubrirse con el manto de la noche umbrosa y fría:
ve... la senda por donde ella nunca más ha de venir.

¿Y éste que hay bajo la parra que un dosel tiende
la choza,
que parece un muerto alzado, que suspira, que
solloza,
es el mozo aquel de gestos y aposturas de león;
es aquel pujante mozo que en las horas de la brega
oscilar hacía los árboles, retemblar hacía la vega
si en la tierra endurecida sepultaba su azadón?

No, no es éste aquel huertano decidor, loco y risueño,
que henchía el aire de la huerta de dulzuras y de
ensueño
con las coplas que sus labios derramaban sin cesar;
no, no es éste aquel huertano que sin otras
ambiciones
que el cariño de su esposa, su barraca y sus terrones
bien labrados, vio la vida felizmente deslizar.

No es aquél que vio sereno, sonriente e impasible,
descender el rayo monstruo, retumbar el trueno
horible
y arrasarle las cosechas el ciclón devastador:
no es aquél que cuando el río se salía de sus cauces
y su choza y sus naranjos deshacía entre sus fauces
aún a Dios daba las gracias sin congoja y sin rencor.

No es el mismo, no; miradlo de su hogar junto a
la puerta:
no se alegra, no sonríe, no da coplas a la huerta
que la llenan de dulzuras... Está triste como él.

No cultiva sus terrones, cántar no hace su guitarra
que se cuelga tristemente de un sarmiento de la parra
aguardando dar sus notas en armónico tropel.

¡Pobre, pobre huertanico! Fue traidora y cruel la Parca
al llevarse entre sus huesos a su lóbrega comarca
la que hacía que su vida no supiera del sufrir...
Hoy, hoy... ¡pobre! le es la vida ya una carga tan tremenda
que decir parece fija la mirada en esa senda:
"¡Señor güeno! Tan solico... ¿pa qué quiero yo vivir...?"

Orihuela, junio de 1930.

(*El Pueblo de Orihuela*, Nº 123, Orihuela, 1-7-1930)

Barraca oriolana
modesta y galana,
que en medio de flores, palmeras y pomas
de intensos aromas
ufana
te alzaste, lo mismo que un nido de blancas palomas;
lo mismo que un ave que ansiosa de suelo,
desciende del cielo,
repliega sus alas
y ceja gallarda en su vuelo
bajo unos naranjos por darles mayores encantos y galas.
Barraca que fuiste en tiempos mejores
de fe, de virtudes, de amores,
de paz y alegrías alcázar dorado;
y musa creadora de mil trovadores,
de excelsos cantores,
que bajo la parra que prende a tus pajas dosel encantado
la vida han pasado
cantando tus gracias con ansias febriles de ser ruiseñores:
mi lira te entona mi más tierno canto,
en tanto ¡ay! en tanto
que al ver que se pierde
tu humilde figura del manto
que pone la huerta a tus plantas espléndido y verde,

se agolpa a mis ojos el llanto
y el alma la pena me muerde...
Cual frágil barquilla
que baja al abismo del mar proceloso,
al recio oleaje del siglo que brilla,
barraca sencilla,
tú bajas al seno sereno y brumoso
del mar de los años pasados sin puerto ni orilla.
Los hijos de aquellos huertanos
ingenuos y llanos,
que bajo tus cañas vivían satisfechos,
deshacen tus rústicos techos
profanos,
y llenan de envidias y de odios sus pechos.
La cruz que ciñendo con santa aureola
tus toscos contornos, allá en lo más alto clavada
tuviste,
por tierra ha rodado... Sin ella... ¡qué sola,
qué sola te encuentras...! ¡Qué triste, qué triste!
El río, que venía con loco alborozo
por verte en sus aguas, en largo sollozo
recorre su cárcel estrecha y angosta;
aquel jazminero que junto del pozo
cuajado de flores había, sin ellas se agosta.
Y desde la higuera que casi cubierta
te ve con sus hojas, como a jaula abierta
no llegan mil pájaros ya a hacer con sus trinos
armónica selva,
cuando abres tu puerta
a los indecisos fulgores del alba.

Ni extiende el huertano, como antes solía,
a tu pie una alfombra
de rosas más blancas que son en la aurora las luces del día;
ni plácida sombra
te presta la parra... ¡Murió tu alegría!
Al verte sin flores, sin cruz y sin dueño,
¡tan triste! ¡tan sola...!, como un grato sueño
que pone un nostálgico chispazo en mi frente,
acude a mi mente
tu tiempo risueño...
Aquél de huertanas de su honra guardosas,
con blancas mantillas, con áureas peinas,
con prietos corpiños, con sayas airosas:
con algo de reinas
y mucho de rosas.
Aquél de huertanos que nunca llevaban ocultos en el seno
la hiel ni el veneno,
sino sólo amores
y fe en el trabajo y en la que sus brazos tendió protectores
prendida a tus pajas... ¡Aquel tiempo bueno,
de fiestas y bailes a las llamadas roncas
que dio el tamboril:
de auroras, de zambras y rondas
de noches serenas y claras de Abril.
¡Barraca oriolana...! Tan rota y desierta,
de tantas miserias cubierta
tu pobre figura destaca,

que creo que la huerta no es ya aquella huerta
en la que te erguiste gentil y florida, modesta
barraca...

(*Actualidad*, Nº 122, Orihuela, 3-7-1930)

I

Aben-Mohor, en el castillo ingente
del cual es él alcaide omnipotente,
advierte que la invicta
y católica prole de Orihuela
a sus tiranas leyes se rebela,
y esta sentencia irrevocable dicta:
¡Oh, mi guerrera y valerosa grey...!
Pues que no quieren acatar mi ley
esos tigres, vergüenza de Mahoma,
¡matadlos! y mostradme sus despojos
antes que de un día nuevo vean mis ojos
la luz dorada que en oriente asoma...
¡Que no quede uno solo con la vida
de esa rebelde raza aborrecida
que mi maldición es y mi desdoro!
Esto dice feroz el agareno,
e impávido y sereno
húndese en su sitial de seda y oro.
¡Ay, pueblo de Orihuela! ¡Cómo ignoras
la horrible trama que las furias moras
han concebido para disolverte!
¡Cómo vives ajeno de trastorno
sin ver que de ti en torno
su vuelo funeral alza la muerte...
Mas no; que una hija tuya fiel y hermosa,

altiva y valerosa
cual la misma Leona de Castilla,
que del infante del visir malvado
ha tiempo está al cuidado,
advertida del plan, que maravilla
le causa al par que espanto,
otro ella peregrino en su quebranto
idea, acepta, traza
y lo emprende con tino y diligencia
del alcaide acudiendo a la presencia,
decidida a salvar su noble raza...
¡Señor! Diz que exijiste que parezcan
las sombras y florezcan las estrellas;
¡por Mahoma que está bien que lo exijas!
Mas ¿dejarás morir a mis dos hijas
y a mi esposo con ellas...?
¿Permitirás que quede triste y sola
la infeliz Armengola...?
¡Oh espejo de Alá a quien mi voz dirijo,
no acepte tal tu espíritu sereno!
Recuerda que con sangre de mi seno
medrando está tu hijo...
Si lo olvidas, señor, si ves con calma
que pierdo lo que es alma de mi alma,
no te extrañe si al puro fulgor blanco
con que la aurora los espacios llena,
ves desde una alta almena
mi cuerpo en los abismos de un barranco...
Esto dice a los pies del moro en tanto
que brillante de llanto

entre las manos la mejilla esconde;
y el moro, tras mirarla un breve instante,
pausado y arrogante,
sin ver que se traiciona, le responde:
¡Por Mahoma que más no has de apenarte!
Parte en buen hora hacia tu choza, parte
y conduce hasta aquí tu tribu amada:
mas..., júrame antes, jura
que por tu boca sonrosada y pura
los sentenciados no han de saber nada...
—Yo os prometo ¡oh señor! que por mi boca
nada sabrán—. En su alegría loca
que ahogar procura, exclama con firmeza...
Sale; abandona el sólido castillo,
desciende al Arrabal, y su sencillo
plan, animosa con su gente empieza.
Avisa al hijo del monarca santo
que en la ganada Murcia se halla; en tanto
apresta a su oriolana brava gente
a la lucha como un segundo Marte,
y al castillo con tres valientes parte,
tres disfrazados convenientemente...

II

La noche ya ganó la excelsa altura
y los cuatro deslízanse en la oscura
sombra con precauciones bien prolijas

hasta la entrada de la fortaleza...
¿Quién va...? — dice una voz con aspereza.
¡La Armengola y sus hijas!
¡Sin advertir el moro lo postizo
tiende aprestado el puente levadizo
para que la heroína pasar pueda:
y es él el que primero
al ancho filo de un cortante acero
por la montaña atravesado rueda.
De los tres oriolanos precedida
atraviesa los salones la atrevida
e iluminada hembra:
y cual el huracán que se desata
aquí hiere, derriba allí, allá mata,
y en todas partes el espanto siembra...
.....
Cuando el alba rompiendo los cendales
de sombras en los diáfanos cristales
del cielo muestra su fulgor divino,
vese como tremola mansamente,
sobre almena insolente,
el lábaro triunfal de Constantino.
Es la señal que aguarda Alfonso el Sabio,
que con trémulo labio
a sus huestes que lleguen les ordena
a la ciudad, donde los ya vencidos
moros lanzan rugidos
de rabia, de odio y pena.
Y llega a la ciudad el regio infante;
y cuando ante sí tiene a la arrogante

mujer, por la que el lábaro tremola
triunfal, le grita a la oriolana gente:
"¡De Teodomiro digno descendiente
eres...! ¡Pero más digna, tú, Armengola!"

(*La Voluntad*, Nº 9, Orihuela, 15-7-1930)

A LA SEÑORITA...

¿Que qué te ofrezco me dices
para que en tus brazos pueda
vivir momentos felices
y acariciar los matices
de tu tez de rosa y seda...?
¿Para anegarme en la loca
luz que rutila en tus ojos;
para calmar con mi boca
esta sed que me sofoca
de amor, en tus labios rojos....?
¿Para en tu faz no observar
un desdén que no merezco,
para poderte adorar,
peregrina hija de Agar,
me dices que qué te ofrezco...?
¡Ah, hermosa e ingrata dama!
¡Ah, reina de talle moro!
Pues que tu ambición reclama
tesoros de quien te ama,
toma mi mayor tesoro!
Un huerto de albos azahares
es todo el tesoro mío;
un alma experta en cantares,
una choza entre cañares
y a la orillica del río.
Un jardín, donde levanta
su grácil tallo la flor,

un jirón de tierra santa,
una guitarra que canta
y mucho amor, ¡mucho amor...!
Si acaso, mujer querida,
no vieras con todo esto
tu loca ambición cumplida,
toma mi sangre, y mi vida
que a dártela estoy dispuesto.

Orihuela, 9 de julio de 1930.

(*Actualidad*, Nº 125, Orihuela, 24-7-1930)

POSTRER SUEÑO

Un claro rayo del sol que nace
de la barraca cruza la puerta
y pone tonos alegres de oro
sobre la triste y oscura escena.
La madre escucha desconsolada
lo que la hija pálida y yerta
sobre la pobre cama tendida
por una fiebre traidora presa,
los ojos húmedos y alucinantes,
la voz temblona, dice con pena:
¡Maere quería!
Ven; ven más serca...
que ni una sola de las palabras
que he de desirte quiero que pierdas.
Ven; así; junto a la mía tu cara
y así boca junto a tu oreja...
ascucha maere:
cuando yo muera...
—Aquí la madre lanza un gemido
en el que toda su alma va envuelta—
No llores maere por lo que digo...
¡No llores prenda!
¿Dios no lo quiere
así...? ¡Pos sea!
ascucha, ascucha:
cuando me muera,
antes de alsarme de la camica

pa ir a tenderme sobre la mesa,
saca del arca
la saya blanca, la toca negra,
los sapaticos de tersiopelo,
el pañolico de fina sea...
¡tuícas las galas que no me he puesto
dinde la fiesta...!
Cuando las saques,
con tuícas ellas
me pones, maere, como una novia,
como una perla,
como pensaba yo de ponerme
cuando él golviera...,
pero me muero
y él tal vez nunca más aquí guelva...
—Exhala un hondo suspiro y sigue
de nuevo, lenta:
Y luego maere,
que esté una rosa temprana hecha,
déjame ensima de la mesica;
sal a la güerta;
coje jasmines y malvarrosas,
de las que brotan junto a la sequía;
de los naranjos coje asahares,
que están sus ramas con abril llenas;
forma con ellos una corona
y a mis cabellos seña la dejas...
Cuando eso hagas
mis ojos sierra
pa que me quede como dormía

por si él tornara aún de la guerra;
¡que no sospeche que yo me he muerto
de esperar verle crusar la senda...
Maere, adiós maere... Que ni una sola
de mis palabras... Ven, ven más serca...
—Pierden los ojos su brillo intenso;
baja hasta el pecho la frente tersa;
entreabre un tanto la exangüe boca
e inmóvil queda.
La madre, loca,
se abraza a ella
y con sus besos y con sus lágrimas
la cubre y riega...
Ahogando luego los mil sollozos
que en su alma pugnan por salir fuera
álzase y marcha
a hacer lo dicho por la hija muerta...
Extrae del fondo de la vieja arca
las ricas prendas
y una tras una del cuerpo frío
todas las cuelga:
la saya blanca,
la toca negra,
los zapaticos de terciopelo,
el pañolico de fina seda...
¡Todas las galas que no se puso
la infeliz moza desde la fiesta!
y una corona sobre su frente
de malvarrosas y azahares hecha...
¡Qué hermosa se halla la huertanica!

¡Qué maja y bella...!
¡Si no parece que está sin vida!
¡Si está lo mismo que si durmiera...!
Un arrogante y apuesto mozo
llega sonriente desde la puerta:
la pobre madre levanta el rostro
donde hay de llanto recientes huellas
y al ver al mozo sus ojos abre
desmesurados, su cuerpo tiembla
y al grito roto que lanza el mozo
que ha comprendido la triste escena,
dice ocultando su dolor negro
con voz muy queda:
¡Chist! ¡Calla! ¡Calla! ¡Que no dispierte!
¡Que no dispierte...! ¡Contigo sueña!

(*El Pueblo de Orihuela*, Nº 126, Orihuela, 29-7-1930)

ES TU BOCA...

Una herida sangrante y pequeña;
del purpúreo coral doble rama;
un clavel que en el alba se inflama;
una fresa lozana y sedeña.

Rubí, en dos dividido, que enseña
si se entreabre, blanquísima escama;
amapola, flor, cálida llama;
nido donde el amor canta y sueña.

Incendiado retazo de nube;
corazón arrancado a un querube;
fresco y rojo botón de rosal...

Es tu boca, mujer, todo eso...
Mas si cae dulcemente en un beso
a la mía, se torna en puñal.

(*Actualidad*, Nº 128, Orihuela, 21-8-1930)

PLEGARIA

¡Virgen bendita! La que quisiera la musulmana
bárbara raza devastadora
hacer un día ceniza vana.
La que surgiera de una campana
entre destellos de blanca aurora.

La que es morena como los suelos
de sus jardines.
La que es hermosa como sus cielos
y dulce y pura como la esencia de sus jazmines.
¡Virgen Morena! ¡Señora mía!
Hoy su alma inquieta
a vuestro templo lleva al poeta
para ofreceros la melodía
de su poesía...
¡Señora mía!
Al ara llega y ante tu santa
planta cae; tu faz mira
que amor respira;
de amor se enciende su pecho y canta
con la armonía que a su garganta
vuela en torrentes desde su lira.
Canta el poeta de hinojos ante tu santa planta.

Son sus canciones
lirios que brotan sobre el barbecho;
sanos botones

que estallan riendo; locos gorriones
que para nido buscan tu pecho.
Estas, Señora, son sus canciones.

¡Virgen sagrada! Fuente que orea
el alma que en medio de incendios gime;
astro que de astros mundos mil crea;
fe que redime;
flor que hermosea;
madre sublime
del Rabí dulce de Galilea:
confusión hecho todo y ternuras
bajo el milagro de tus pies tersos
dejo dispersos
igual que pomos de flores puras
mis pobres versos.
Confusión hecho todo y ternuras...

Acepta, Virgen, la humilde ofrenda
del que a tus plantas arrojaría
el monte austero, la mar tremenda,
el ígneo astro que alumbra el día
y la estupenda
legión que borda la esfera umbría.
Acepta, Virgen, la humilde ofrenda...

Que entre la rima que la encadena,
tal vez suspira
tal vez resuena
el aura suave que gira y gira

en tus vergeles de aromas llena...
Entre la rima que la encadena.

Tal vez las notas de los cantares
de las acequias y los huertanos,
de las olmedas y los cañares;
tal vez la esencia de los azahares,
tal vez la seda de los gusanos
van en mis cantares.

Susurros plácidos del huerto umbrío,
de los palmares suaves rumores,
tintineas risas del claro río,
gorjeos sabrosos de ruiseñores,
rezos de azarbes murmuradores...
Susurros plácidos del huerto umbrío.
Acepta, Virgen, la humilde ofrenda
del que a tu planta santa ha llegado
y aquella prenda
que halló en su senda
mejor ha en ella depositado...
¡Acepta, Virgen, la humilde ofrenda!

(*El Pueblo de Orihuela*, Nº 132, Orihuela, 7-9-1930)

BALADA DE LA JUVENTUD

Llegó a mí triunfante: la ví, y la sorpresa
como un licor grato mi alma embargó...
¿Quién eres?... —le dije: ¿Divina princesa?
¿Hermoso fantasma?— Su boca de fresa
se abrió dulcemente y así musitó:

"Soy el hada blanca que deja el camino
fatal de la Vida regado de luz;
que enciende en las almas un fuego divino;
que oculta al humano su pobre destino
y de su existencia suaviza la cruz.

Yo soy roja rosa que se abre lozana
al cálido beso del sol del Abril;
yo soy de la Vida la Aurora galana
naciendo entre nubes de ópalo y grana,
naciendo entre perlas y aljófares mil.

Yo soy sueño cándido; yo soy fuente viva
que va fugitava por campo feraz;
yo soy dulce abeja zumbante y activa
que a todas las flores sus néctares liba;
yo soy nube de oro que pasa fugaz.

Yo soy fuerte hoguera que inmensa se inflama
la sangre en las venas haciendo rugir;
poniendo en los ojos reflejos de llama,

los pechos cubriendo de ignífera escama,
haciendo gozosas las fibras crujir.

Mi aliento da al viento más notas que el ave,
mi vida está urdida con una ilusión;
del cruel desengaño mi pecho no sabe;
en mí la sombría Tristeza no cabe;
en mi alma la Pena no encuentra mansión.

Alcázares finjo más altos que montes;
escalo las bóvedas de ingrávido tul
asida a las ruedas de alados Faetones;
ensueño quimeras; oteo horizontes
de nieve, de rosa, de nácar, de azul.

Yo soy gentil góndola que llégase henchida
de fe y de optmismo al fondo del mar;
yo soy copa llena de ardiente bebida;
yo soy del gran libro que forma la Vida
la página de oro que puede mostrar.

No encuentro en mi senda traidores abrojos,
ni zarzas rastreras, ni acíbar, ni hiel;
la encuentro alfombrada de pétalos rojos
de ufanos claveles, de hilados embojos,
de luz, de alegría de rosas, de miel.

De fúlgidas luces empapo los días;
los tristes crepúsculos de gayo color;
los huecos espacios de un mar de armonías

y un mar de fragancias; las noches sombrías
de encantos, de risas, de besos, ¡de amor!

Yo soy virgen casta que todos adoran,
que todos aguardan con viva inquietud;
yo soy manjar rico que todos devoran;
amante a quien todos suspiran y lloran
cuando huye a otros brazos; ¡yo soy Juventud!"

Al oírla, a mis ojos un mundo risueño
vi abrirse; a mis plantas hallé dichas mil...
Mas, cuando ya de ella creíame dueño,
de mí se alejaba lo mismo que un sueño,
lo mismo que un soplo de brisa sutil...

. . . . . .

A veces me digo con honda tristeza:
¿Vendrá a mí aún el hada bendita que huyó?...
Mi frente surcada, mi cana cabeza
y el fuego de mi alma que a helarse ya empieza,
responden con mudas palabras: ¡No! ¡No!

Orihuela, septiembre de 1930.

(*El Pueblo de Orihuela*, Nº 134, Orihuela, 23-9-1930)

POESÍA

¡Poesía! Yo querría
por un mágico conjuro
o un diabólico poder de hechicería
expresar sublimente lo que dice a mi estro oscuro
el sonoro nombre puro:
¡Poesía!

Definirla con hipérboles y metáforas ideales
que pasaran arrastrando vibraciones argentinas,
trinos de aves matinales,
notas de arpas celestiales,
vivas luces peregrinas.

Sé que es hálito que viene cual insólito cometa
por los mundos siderales del aliento del Señor
y se prende en el espíritu-luz de bíblico Profeta
y en el alma sensitiva del Poeta
soñador.

Sé que es ángel esplendente; sé que es fuente de suspiros
que en las bocas se derrama;
mariposa que en los pechos describiendo va áureos giros;
sarta hermosa de zafiros;
hada bella hecha con átomos de llama.

Sé que espejo es de la vida; sé que es ave
cantadora;
regia nave
que nos porta a la región que nadie sabe;
turbadora
bella música suave...

Sé también que es de Natura la ideálica pintura.
Ella en rasgos prodigiosos el momento
de la casta aurora pinta;
cuando arroja ésta las sombras del nimbado
firmamento
y en un cuadro en coloridos opulento
suelta el sol su cabellera despidiendo rosa tinta,
y la tierra pulimenta de brillantes resplandores,
y las almas desaloja de los buitres de la pena,
y enajena
los espacios con unánimes rumores,
y abre el cáliz de las flores,
y sacude alegremente la orilla del río amena.

Ella en sabias pinceladas
las tinieblas de la noche misteriosa
de mil luces titilantes consteladas
copia, al tiempo que entre nubes nacaradas
surge Diana cual gigante y blanca rosa.

Ella en marcos luminosos
nos ofrece cuadros ricos y soberbios panoramas;
y fantásticas visiones en paisajes engañosos

de hadas, gnomos y colosos
que fabrican oro y perlas, luz y llamas.

Ella finge los murmullos de los mansos arroyuelos,
los rugidos de la fiera tempestad,
los acordes de la tierra y de los cielos,
de los pájaros los cantos y los vuelos,
de las trágicas batallas la tremenda majestad...

De la pura aura sonora
las continuas vibraciones;
las ingenuas cantinelas de la linfa saltadora;
de la inmensa mar cantora
las terribles conmociones.

La virtud alaba pura
y combate el vicio inmundo;
de los cielos bebe virgen hermosura;
en los prados ríe alocada y en la plácida espesura;
llora y truena y clama tétrica en el mundo...

¡Poesía! Yo querría
definirla con los versos de una estrofa cincelada
por un mágico poder de hechicería;
mas la pobre lira mía
es muy poco para tanto... Menos... ¡Nada!

Orihuela, 26 de septiembre de 1930.

(*Actualidad*, Nº 134, Orihuela, 2-10-1930)

CONTEMPLAD...

Si queréis el goce de visión tan grata
que la mente a creerlo terca se resista;
si queréis en una blonda catarata
de color y luces anegar la vista;

si queréis en ámbitos tan maravillosos
como en los que en sueños la alta mente yerra
revolar, en estos versos milagrosos
contemplad mi pueblo, contemplad mi tierra.

Que un cuadro de tantos puros horizontes,
raras hermosuras y soberbias galas,
otearéis alzados a los magnos montes
de la fantasía que os nacerán alas.

Y en un vuelo solo, bravo y estupendo
ganaréis las nubes con el viento en guerra,
y entre sus vapores estaréis bebiendo
pozos de hermosura... ¡contemplad mi tierra!

Una sierra aurífera de un lado la apoya
y las ruinas muestra de un viejo castillo;
una huerta espléndida de verdor la enrolla
y un río de perlas siémbrala y de brillo,

y como un acero de descomunal
dimensión la corta corvo y homicida;

y un palmar egregio y un regio rosal
brota en cada punto de la inmensa herida...

Dentro de la huerta que con mil rosarios
de inflamadas rosas llénanla de efluvios,
yace, salpicada con mil campanarios
de cien monasterios de altos rasgos rubios.

Campanarios de oro que por las mañanas,
cuando el alba virgen sobre el éter arde,
nuncios de los días, vuelcan sus campanas
que no más se duermen al rodar la tarde.

Campanarios áureos que en fingidas pomas
de granito ocultan nidos de avestruces,
y donde sus picos funden las palomas
que al hender el cielo son aladas cruces.

Barrios pintorescos con olor a establo
súrcanla en confuso laberinto ameno,
y plazuelas blancas con algún retablo
de una Virgen cándida o un Cristo moreno.

Hondos callejones y ásperas callejas
con el brujo encanto de los andaluces,
porque tienen moras y floridas rejas,
sombras transparentes, y furiosas luces.

Y porque en las rejas tienen muy galanas
hembras de ojos negros y de bocas fresas:

con el fuego en ellos de las sevillanas,
con la gracia en ellas de las cordobesas.

Hembras que salmodian lánguidos cantares
mientras por sus manos rueda la costura;
que a claveles huelen, a nardos y azahares
y de sus vergeles tienen la frescura.

Hembras que amorosas bañan en las brisas
de las frescas noches pomos de albahacas;
y que tan sonoras brótanles las risas
como de una fiesta las potentes tracas.

Hembras que, cuando aman, fuentes de ternura
son; dulces panales de sabores fuertes;
y aman con tal brío, con tanta bravura
que el amor robarles no logran mil muertes.

Y que se envenenan de melancolía
si a la luz opaca de la luna vieja
que en las calles llueve, ven la bizarría
del doncel amado cabe de otra reja.

¡Contemplad mi tierra...! Mágicos jardines
de belleza henchidos, verdes la circundan;
músicas la ofrecen plúmeos clarines;
flores, resplandores y aromas la inundan.

Típicos paseos no en silencios parcos;
rotos paredones con enredaderas

de azulados cálices y con combos arcos
hechos con los brazos de árabes palmeras.

Líricas acequias que el río brillante
lanza por ocultos lóbregos caminos
a la abierta huerta, mientras retumbante
cae en cascadas y hace retronar molinos.

Cielo tan hermoso que de terciopelo,
de cristales límpidos y turquí parece;
cielo-maravilla, cielo-asombro, cielo
que como ascua viva de oro resplandece.

Sol de gloria y triunfo, sol soberanos
llamarazos ígneos que mirar aterra,
y ensoñante ambiente... ¡Contemplad humanos!
¡Ahí tenéis el cuadro...! ¡Contemplad mi tierra!

(*Destellos*, Nº 1, Orihuela, 15-11-1930)

INSOMNIO

A Ramón Sijé. Por tener juventud y ser levantino y soñador como yo.

Por el viejo ventano donde interna una rama
una albahaca apoplética de verdores, me llama
el paisaje romántico de la noche otoñal.
Dejo el lecho mullido que hoy me creo de plomo;
abro el viejo ventano, y a la noche me asomo
que me funde en un beso dulcemente glacial.

El paisaje me bebo mientras muere la una
y un traslúcido peplo de mis hombros la luna
cuelga alegre y nevada desde el cielo zafir,
y en la higuera del patio se desmayan las hojas,
y van —aves extrañas volanderas y rojas—
hacia rizos tejados a rodar y a gemir...

¡Oh, la noche de otoño!... ¡Qué apacible y serena,
con la luna en el pleno y una brisa que suena
en la bóveda cóncava como un gran cascabel,
y que trae de un guitarro los melados llorares,
los temblores cantores de los magnos palmares,
y las dulces fragancias del huertano vergel...!

Me reclino en los hierros del alarbe ventano
con los ojos perdidos en un astro lejano
y el oído despierto para todo rumor...

Esta noche de otoño que de mayo parece,
de dulzura me parte, de ansiedad me estremece,
de poesía me ahoga y me mata de amor.

Por la sombra del éter una estrella resbala;
en un próximo aprisco melancólico bala
un chotillo que busca de la madre el querer;
y de un nido cercano, con calientes aromas
viene un poema de arrullos de fecundas palomas
a ponerme en los labios un sabor de mujer.

La mirífica aurora a anunciar viene un gallo;
vuelvo a Oriente los ojos y de luz virgen lo hallo
rebruñido. La luna ya comienza a espirar.
En el cielo la vida de un lucero se apaga;
un boscaje de nieblas por la atmósfera vaga,
y un sonoro bostezo quiere el día iniciar.

En la alábega fresca donde brilla el rocío
hundo el rostro que se unge de perfume bravío...
Luego trazo en mi pecho la señal de la cruz.
Y el ventano abandono por que el alba no vea
que un raudal de poesía por mi boca chorrea
y los ojos dos lágrimas me salpican la luz.

(*Destellos*, Nº 2, Orihuela, 30-11-1930)

TARDE DE DOMINGO

Luz exultante de un sol de gloria.
Cielo dichoso color del turco.
Fuga de linfas; mutis de noria;
huelga de brazos; sueños de surco.

Huye el camino solo y albario
por las desiertas tierras opacas.
Duermen las viejas con el rosario
en los umbrales de las barracas.

Los zagalillos, tras la doctrina
que les enseña cabe del río
un dulce párroco de faz cetrina,
dan por los huertos su vocerío.

Rondan las mozas huecas y ufanas
bajo las ropas ebrias de esencias
por la alameda de las mil vanas
palmas que erizan sus eminencias.

De la taberna bajo la parra
mientras que cruza la linda tropa,
trina el cordaje de una guitarra,
baila un borracho, cruje una copa.

Y un cantar dulce como el gorjeo
de un ave nuncio de los abriles

quiebra los aires entre el golpeo
de veinte negras manos viriles...

Entre las flores van indecisas
mieles libando las mariposas;
portan las brisas ecos de risas,
alma de nieve, sangre de rosas...

Pero de pronto triste aulla un perro
y en la vereda surge un gentío.
¿Es una boda o es un entierro...?
Grita la tarde: ¡Pobre hijo mío!
.....
Luz exultante de un sol de gloria.
Cielo dichoso color del turco.
Fuga de linfas; mutis de noria;
huelga de brazos; sueños de surco.

(*Destellos*, Nº 3, Orihuela, 15-12-1930)

LLUVIA...

Ayer llovió... Corrióse la fúlgida cortina
del agua bienhechora con sus sonantes flecos...
Bufó de gozo el pecho la gente campesina
—miradas turbias y hoscas y obscuros rostros
secos—.

"La siembra podrá hacerse... Las nubes agua
arrojan...
La faz de los barbechos como un espejo brilla;
los surcos en sus vientres de tierra fresco alojan;
¡será un latido verde bien pronto la semilla!..."

Ayer llovió... Triunfaron las aguas en las lomas
y una oda cristalina dijeron los barrancos;
las auras expandieron selváticos aromas;
los montes se vistieron de trajes-nieblas-blancos.

Se puso húmeda y dulce la vaga lejanía;
herméticos se hicieron los horizontes todos;
la cinta del camino que sólo polvo había
colgóse lamparones tremendos de agua y lodos.

El cielo de azul nuevo pintó su inmensidad;
y un ruiseñor pensando que entraba el Abril regio
tiró vibrantemente desde la majestad
de un álamo lumínico la plata de un arpegio.

El río enfurecióse; se puso hinchado y rojo y al mar
llevó sus aguas con ímpetu a verterlas;
los árboles sus hojas lavaron y el despojo
dejaron en sus ramas prendido de mil perlas.

—Que, luego, cuando Febo logró su cara ingente
mostrar por una nube partida en diez jirones
y darle de sus rayos el beso incandescente,
fingió la maravilla de cien constelaciones—.

Ayer llovió... Corrióse la fúlgida cortina
del agua bienhechora con sus sonantes flecos...
Bufó de gozo el pecho la gente campesina...
y halló como en un antro la lluvia en mí sus ecos.

(*Destellos*, Nº 4, Orihuela, 31-12-1930)

LA PROCESIÓN HUERTANA

Unos gritos de dulzaina; de tambor un hueco zumbo;
unas notas de una música que oro falso siembra al viento,
y una senda florecida que acompaña dulce el rumbo
de un humano hilo ondulante, silencioso, largo y lento.

Cera ardiente entre mil dedos; — dos fantásticas cadenas
de aves de oro diminutas; — cien huertanos patriarcas;
ocho viejas con mantillas de hace un siglo, y cien morenas
lindas vírgenes, olientes al madero de sus arcas.

Y detrás de este cortejo de temblores y sonidos,
de siluetas encorvadas y doncellas aromosas,
vienen cuatro sacerdotes cabizbajos, revestidos
de ornamentos de alegóricas bordaduras fastuosas.

Y llevada en unas andas salpicadas de luceros
por forzudos buenos mozos de cetrina faz sumisa,
una virgen de rasgados dulces ojos milagreros,
con un manto que en diez ondas de platera luz se irisa.

Cae la tarde. Tiene el cielo un color de azul festivo.
En la huerta ni la gracia de una frágil flor se mueve...
Se ha dormido. Se ha encantado. Sobre un verde monte un vivo
chaparrón de vivas tintas el vencido Febo llueve.

Por la senda barnizada de jazmines y de azahares
va rodando blandamente la castiza procesión,
entre gritos dulzaineros y litúrgicos cantares,
de un cohete los soplidos y el batir de un esquilón.

Así llega: cimbreante, suave, rítmica, silente
y rociada de llamitas como gotas de rocío
hasta el arco pintoresco de un gentil y blanco puente
condenado a ver la eterna serpentina azul del río.

En él entra como un triunfo lentamente, paso a paso,
mientras una traca fúlgida retumbante se desata,
y el gran manto de la virgen bebe el fuego del ocaso
y en los tiernos correntales del Segura se retrata.

Una marcha real de trueno la triunfal música inicia;
nacen flores en el río; sueltan perlas los cohetes;
da una brisa perfumada la impresión de una caricia;
y las palmas balancean sus soberbios minaretes.

Todo el cuadro de la huerta se conmueve venturoso
cuando mira sobre el puente la flamígera figura
de la virgen ermitaña... Y hasta el río, bullicioso

alza en comba sus caudales, y ¡Te salve Dios!...
murmura.

Mientras tanto el sol su rueda por el prócer monte
pierde,
y se rompen flameantes las cien ruedas de cien
tracas,
y tronando arrojan lumbres a la hermosa huerta
verde,
y la cruz cristiana riegan de esplendor en las
barracas.

Por la rútila pupila del lucero vespertino
que divinos parpadeos da surgiendo en la alta esfera,
Dios contempla sonriente, sobre el campo levantino,
la visión de oro del río, de las tracas y la cera...

Ya a la ermita, con la virgen se dirigen los
huertanos;
ya de un trono la suspenden entre luces y entre
flores;
ya en la huerta..., mientras oran ante el ara los
ancianos,
los mozuelos cogen rosas y se dicen sus amores...

(*Destellos*, Nº 5, Orihuela, 15-1-1931)

EL PALMERO

Allí, mascando un cielo de diáfana hermosura;
allí, sobre el esbelto troncal de la palmera,
y bajo el alboroto de su áurea cabellera
que en diez arcos se suelta de mora arquitectura.

¡Miradlo como arranca la gema ya madura
del fruto que el otoño convierte en primavera
trinando alegremente como un ave trovera,
con sólo un cordón frágil atado a la cintura!

La altura no le espanta. Se cree rey de esos vientos
que comban la palmera con dulces movimientos.
Se ve en un trono de alas de pájaros volátiles...

De pronto una honda ráfaga la feble cinta suelta,
y al suelo, en el estrépito de una grandiosa vuelta,
cae muerto bajo el chorro dorado de los dátiles.

(*El Pueblo de Orihuela*, Nº 151, Orihuela, 20-1-1931)

ANCIANIDAD

Son mis manos sarmientos; es mi cuerpo encorvado,
débil rama que el viento más ligero conmueve;
vacilante es mi paso; es mi voz, soplo leve
que despide mi pecho de vigor despojado.

Un sol es mi mirada para siempre apagado,
es un pozo mi boca que ya sólo hiel bebe,
y es mi frente que orlan blancos copos de nieve,
un barbecho que en surcos mil el tiempo ha labrado.

Por eso huyo del mundo: me fatiga y me ahoga...
—¿Donde vas, ¡necio!, dónde?— una voz me interroga
que en el fondo de mi alma como un trueno retumba.

Yo prosigo alejándome; y otra voz parecida:
—¿De quién huyes?...— me dice con rencor—
¡De la vida!
—¿Qué pretendes...? —¡La muerte!— ¿Quién
te llama? —¡La tumba!

(*Actualidad*, Nº 148, Orihuela, 22-1-1931)

A TODOS LOS ORIOLANOS

Alma de mis oriolanos
¡digo!... oriolanos de mi alma.
A vosotros me dirijo
desde esta carta "arrimada",
que escribo, teniendo por
mesa el lomo de una cabra,
en la milagrosa huerta
mientras cuido la manada,
tras saludaros lo mismo
que hacen todos en las cartas.
Y me dirijo a vosotros
para...para... para... para...
(¡Ay! Perdonadme un momento.
Voy a echarle una pedrada
a la "Luná", que se ha ido
artera a un bancal de habas,
y el huertano dueño de ellas
me está gritando desgracias.
Bien. Ya la espanté) Prosigo:
¿Os decía?... ¡Ah, sí, sí,...! ¡Calla!
Que me dirijo a vosotros...
(¡Rediós! ¡Otra vez la cabra
y el huertano que me grita!
Maldita sea la estampa

del animal que no quiere
que diga lo que empezaba.
¡"Luná"!... Ya escapó) Sigamos.
Y me dirijo así, para
deciros que pienso hacer
con poesías de las dadas
a la luz y de las que están
sin ver la luz para nada
—que son bastantes— un libro.
¡Un libro, un libro! ¿Os extraña?
Pues que no os extrañe. ¡Un libro!
Un bello libro que vaya
ilustrado por Penagos,
por Bartolazzi o Pedraza
y prologado por... ¡vamos!...
por el primero que salga.
¿Qué me decís?... ¿Que es locura?
¿Qué veis muy mal que lo haga?
¿Que no puede ser? ¿Que es mucha
mi presunción y mi audacia?
¿Que me lo he creído...? ¡Cierto!
¡Me lo he creído! ¡Palabra!
Me he creído ser poeta
de estro tal que en nubes raya
y digno de contender
con Homero, con Petrarca,
con Virgilio, con Boscán,
con Dante y toda la escuadra
de clásicos que palpita
por ab-aeterno en las páginas...

—y a los que yo no conozco
más que de oídas... y gracias.
Me he creído que en mi mente
bullen imágenes claras
cual nuestro azul—. ¡Vaya símil!
Me he creído que de mi alma
la nube lechosa y pura
—¡vaya fulgor de metáfora!—
puede dar continua lluvia
de versos de urdimbre mágica.
Me he creído... (Perdonadme,
que otra vez está en las habas
la "Luná" de mis pecados
y ahora no grita, no: rabia
el huertano. "¡Luná!" ¡Toma!
¡Para que otra vez no vayas!)
Os repito: me he creído
que ¡vamos!, que tengo pasta
de poeta. Que yo puedo
subir muy alto... sin alas.
Vosotros sabéis de sobra
lo que valgo. —¡Dios me valga!—
Vosotros habéis leído
los versos que en las preclaras
—adjetivo muy usado,
pero pasa, ¿verdad?, pasa
lo mismo que otros más viejos—
revistas de nuestra patria
chica, vengo publicando
con muchas y gruesas faltas

de prosodia y de sintaxis,
de ritmo y de consonancia,
en los que hay imitaciones
harto serviles y bajas,
reminiscencias y plagios
y hasta estrofitas copiadas.
Vosotros tras de leerlos
me habéis dicho: "Pastor, ¡vaya!,
eres ya todo un poeta."
Y así, con toda mi alma
me lo he creído y con toda
ella, quiero imprimir para
la florida primavera,
cuando todo ríe y habla,
cuando todo sueña y trina,
cuando todo brilla y canta,
un libro que me dé ánimos
para seguir mi sonata
pastoril y me dé el gozo
de unos pétalos de fama.
Oriolanos mis paisanos:
—dos hemistiquios que hermanan—
al deciros en mi mal
compuesta y rimada carta,
que pienso tejer un libro
con mis rimas poco gayas,
y poco... ¡bien! no es tan sólo
para que ninguno yazga
ignorante. Es por... por... por..
(Aguardad que dé a la cabra,

que otra vez se fue al habado
bancal y el huertano rabia.
"¡Luná!" "¡Luná!"... ¡Toma, perro!
¡Por volver a las andadas!)
Decía, que es por... por... por...
porque valdría mucha plata
editar el libro... y yo
no puedo valerlo en nada.
¿Me entendéis?... Que yo me he dicho,
digo ¡ah, si me ayudaran
los oriolanos, salvado,
salvado del todo estaba!
¿Me entendéis?... ¿No?... ¡Santo Dios!
Hablaré más a las claras.
Que os pido, ¡eso es!, que os pido
una peseta —no falsa—,
un duro, ¡lo que queráis!,
para poder ver mis ansias
satisfechas... ¿Me daréis
lo que si no me causara
vergüenza hasta de rodillas
os pidieran mis palabras...?
Confiando en que querréis
tener un artista —en mantas
o mantillas aún, y humilde
y modesto hasta Managua—,
se despide de vosotros,
anticipándoos las gracias,
este pastor a quien viene
a soltar cuatro guantadas

un huertano porque están
en un sembrado sus cabras.

MIGUEL HERNÁNDEZ.

En la huerta, 1º de febrero de 1931.
(*El Pueblo de Orihuela*, Nº 153, Orihuela, 2-2-1931)

CANTO A VALENCIA

Lema: "Luz..., Pájaros..., Sol..."

Para cantar, Valencia, tu hermosura,
no empuño el arpa de oro
que Apolo tañe con experta mano;
sino el guitarro moro
que el áspero huertano,
el de jubón y policroma manta,
al expirar las tardes, en la puerta
de su barraca, pulsa, cuando canta
los melódicos aires de tu huerta.
Con emoción agarro
el musical guitarro,
que, sobre un limonero florecido,
está callado y trémulo
como a la noche un pájaro en el nido.
Y aunque en el arte de cantar no ducho,
mientras como las ledas brisas raucas
rizan las ondas glaucas
de tus hermosos mares
miro, lo mismo que el precioso manto
de tu huerta y tu cielo,
una canción te canto,
dejando huir en anheloso vuelo,
igual que una cometa,
mi feble fantasía de poeta.

¡Valencia!... ¡Orgullo mío!
¡Orgullo del que viera
en tu suelo feraz la luz primera!...
Tierra donde la luz radiosa y brava
se desborda de un sol de oros sutiles,
y donde nunca acaba
de ahitarse el florecer de los abriles.
Sembradora incansable
de nardos y azucenas,
de lirios blancos y claveles rojos
de penetrante aroma,
y de hembras deslumbrantes y morenas
que llevan en las venas y en los ojos
el ardor de las hijas de Mahoma.
Región en la que todo sueña y ríe:
en el éter hundido, el cerril monte
que de su torva majestad se engríe;
en la dormida alberca el horizonte;
en las espesas frondas
del olmo y el cañar el ave gaya;
las fugitivas ondas
en las blondas arenas de la playa.
Bajo el rudo moral la noria alarbe;
la anciana choza con su tosca cruz,
junto a la comba del agudo azarbe
como un zigzag sin fin de clara luz.
Y entre las rizas flores
de tus vergeles magos
con paz, con sol y alegres resplandores
de arroyos cancioneros

y fontanas tranquilas como lagos,
la moza de contornos hechiceros
y de mirares vagos...
Prodigadora espléndida de artistas,
a quienes das, apenas la naciente
alba dorada de su vida empieza,
con una ánima ardiente,
la suprema intuición de la belleza.
Hijo preclaro de tu tierra llana,
el forjador es de "Alma castellana",
y el triste y prodigioso
de "El obispo leproso",
en donde, con feliz brillar platero
al escapar de Oleza la bonita
vio titilar la gota de un lucero
sobre el techo infantil de una alba ermita.
Hijo glorioso tuyo fue Llorente,
que te urdió mil estrofas diamantinas:
y el que desde unas áridas colinas,
mirando hacia el Oriente,
creía ver tus costas blanquecinas,
tu alegre campo y cielo transparente...
Y aquel viejo y dulcísimo poeta,
que al Turia, el de las aguas espumosas,
infundió roncas voces congojosas,
en aquellas octavas
que así principian su rimado vuelo:
"Regad el venturoso y fértil suelo,
corrientes aguas, puras y abundosas..."
Y tantos otros como los laureles

han ceñido de gloria y fama suma,
con la sublimidad de los pinceles
y el vigor del cincel y de la pluma.
Tierra de fiestas, de parranda y flores,
de naranjos y albahacas,
de bailes al compás de los tambores
y de alberas barracas
habitadas por recios labradores,
que cantan con primor de ruiseñores
y ríen con estrépitos de tracas.
Madre de la ciudad alicantina:
la de la tersa mar esmeraldina,
llena de blancas plumas
de risueñas gaviotas,
de nácares de velas y de espumas
y músicas de crespas olas rotas.
Madre de ese Alicante
que unge el Mediterráneo palpitante
y que te ofrenda en sus esplendorosos
dominios, con mil pueblos industriosos,
la sin par hermosura
de la vega de Oleza
que junto a Murcia empieza
y hasta el mar azulenco se dilata,
y que huella el Segura
describiendo, gentil, eses de plata;
y Elche, con su gran bosque de palmeras
de arcos temblantes y de tronco hirsuto,
siempre bajo las crenchas altaneras
como perlas mostrando el áureo fruto.

¡Elche! Que la mañana cristalina
del Domingo de Ramos, ilumina
los templos milenarios
que truenan en sus hondos campanarios,
con la palma arrogante,
arqueada en un ático vaivén,
como si viera de nuevo la triunfante
entrada del Rabí en Jerusalén,
y que tiene una lira alta y segura,
con una enorme cuerda en cada rama,
en la Palmera mágica del Cura
siempre tronando un himno por la "Dama".
. . . . . .
Para cantar, Valencia, tu hermosura,
no empuño el arpa de oro
que Apolo toca con experta mano;
sino el guitarro moro
del trovador huertano.
El árabe instrumento,
que al dejarlo como un ave en el nido,
del arbusto pulido
donde lo hallé, sobre la florescencia,
oigo que dice con dulzón acento,
al rozar su cordaje el limpio viento:
¡Salve! ¡Salve, Valencia!...

(*Destellos*, Nº 11, Orihuela, 15-4-1931)

"Primer premio en la Fiesta Regional celebrada en la Sociedad Artística Orfeón Ilicitano."

JUAN SANSANO

I

La luz primera vio bajo de un techo
humilde de un hogar del pueblo hermoso
en que mil llagas dolorosas hecho
vivió un obispo dulce y silencioso.

su clara infancia fue un ligero trecho
de lirios de ropaje candoroso.
...Jugó del río Segura junto al lecho
y triscó por un fino monte airoso.

Cuando la juventud esplendorosa
le dio sus dones, una novia hermosa
tuvo, a la cual dio fama en cien canciones.

...Huyó del pueblo, que nacer le viera.
¡Y en su hogar vive triste una palmera
que al cielo se alza cual clarín sin sones!

II

Huyó del mago pueblo del Segura
echándose sin rumbo en el camino,

y al perderlo de vista en la llanura
llanto de sangre a sus pupilas vino.

Mas devoró en silencio su amargura:
y otro Alonso Quijano en su rocino,
fue el Ensueño de su hermética armadura
y el Ideal su Yelmo de Mambrino.

En el Castillo-Venta de la Vida,
el Dolor consagrólo caballero
y fue en busca del néctar de la Fama...

Y en una doble empresa decidida,
con gentil continente y rostro fiero
peleó por su honor y por su dama.

III

Deshizo agravios y enderezó entuertos;
batalló con dragones y gigantes
a quienes en sus antros dejó muertos,
como el héroe sublime de Cervantes.

Apoyo fue de inválidas doncellas,
de huérfanos y viudas infelices;
durmió frente al brillar de las estrellas,
y su alimento fue fruta y raíces.

Y hoy, tras haber cruzado con las trallas
de su vocabulario —trueno de ira—
mil rostros de malvados y canallas,

el yelmo arroja, la armadura tira,
y, allá, en remotas y cerriles playas,
por volver al natal pueblo suspira.

(*Destellos*, Nº 12, Orihuela, 30-4-1931)

SIESTA

Sol de siesta en toda la campiña verde...
Rezonga una noria no sé dónde. Muerde
un cantar la calma que en el aire reina.
Bajo unos perales, una vaca peina
con su cimbreante lengua la testuz
de otra que mordisca hierba con pajuz.
Frente de unos olmos blancos de palomas
un pruno destila transparentes gomas.
Baten los trigales rúbeos ababoles.
Jaulas destapadas son de verderoles
los gozosos huertos colmados de nieves
de azahares de plata como esquilas breves,
donde son badajos de mieles bermejas
millones sonantes de áticas abejas.
Duerme el polvo ardiente de un recto camino...
Álzase una sierra como un torbellino.
En los correntales de un fino arroyuelo
de sol encendido y untado de cielo,
abreva sediento mi pulido atajo...
Luego, silencioso, se tiende debajo
de las sombras móviles de un cañar umbrío.
Soledad de tierras... Claridad de río.
Llevo hasta mis labios mi clara siringa...
De armoniosa música la siesta se pringa...
Mas presto me canso del tosco instrumento,
y echado en el césped, cara al firmamento

que parece un ancho e inflamado horno,
buscando a Morfeo la mirada entorno...

Entre los follajes a los que se acopla,
el dios Pan su grato caramillo sopla...

(*Destellos*, Nº 3, Orihuela, 15-5-1931)

OTROS POEMAS

ROMANCILLO DE MAYO

Por fin trajo el verde mayo
correhuelas y albahacas
a la entrada de la aldea
y al umbral de las ventanas.
Al verlo venir se han puesto
cintas de amor las guitarras,
celos de amor las clavijas,
las cuerdas lazos de rabia,
y relinchan impacientes
por salir de serenata.
En los templados establos
donde el amor huele a paja,
a honrado estiércol y a leche,
hay un estruendo de vacas
que se enamoran a solas
y a solas rumian y braman.
Los toros de las dehesas
las oyen dentro del agua
y hunden con ira en la arena
sus enamoradas astas.
Remudan los claros ciervos
su cornamenta arbolada
igual que un ramo de rayos
y una visión de navajas.
La cabra cambia de pelo,
cambia la oveja de lana,

cambia de color el lobo
y de raíces la grama.
Son otras las intenciones
y son otras las palabras
en la frente y en la lengua
de la juventud temprana.
Los celosos chivos pierden
entre sus dientes sus barbas:
se rinden a cabezazos,
se embisten y se maltratan,
y en medio de los ganados
mueven, lo mismo que espadas
rabiosas y deseosas,
lenguas amantes y patas.
Van los asnos suspirando
reciamente por las asnas.
Con luna y aves, las noches
son vidrio de puro claras;
las tardes, de puro verdes,
de puro azul, esmeraldas;
plata pura, las auroras
parecen de puro blancas,
y las mañanas son miel
de puro y puro doradas.
Campea mayo amoroso;
el amor ronda majadas,
ronda establos y pastores,
ronda puertas, ronda camas,
ronda mozas en el baile
y en el aire ronda faldas...

(Poema de juventud reproducido sin indicación de fuentes en el *Programa de Fiestas*, 13-14-15 de mayo de 1951, Orihuela.)

SED . . .

La encuentro junto a la puerta
mirando los horizontes:
tiene en la mirada abierta,
hundida toda la huerta
febril de luz cual los montes.

Me acerco con un saludo
a su vera, y ríe pura,
dejando ver en el nudo
rojo de su boca, el mudo
verso de su dentadura.

—Zurce en tanto su fermata
en un chopo un verderol,
y una corriente de plata
en su temblor desbarata
la hirviente esfera del sol—.

Con ansia a la moza ruego
agua que calme mi sed:
¡bebed!, dice con sosiego
su lengua, y dicen con fuego
sus anchos ojos: bebed...

Y de sus manos tomo
una limpia cantarilla,

que al rezumar por el lomo
en arco, tal como un pomo
de hervorosas luces brilla.

Hasta los labios me llevo
del agua fresca una palma;
otra más; y otra de nuevo.
Pero por mucho que bebo,
mi ardiente sed no se calma.

Mi sed en el alma va...
La moza no lo comprende:
sonriendo casta está,
y ella es la que sed me da
porque ella es la que me enciende.

—Y allá, muy lejos, la audacia
de un ciprés gana la altura,
y aquí, muy cerca, una acacia,
florece plena de gracia,
florece llena de albura—.

Doyle a la cándida moza
la cántara ya vacía,
y huyo lejos de la choza
porque mi pecho destroza
aumentando la sequía.

Que está muy azul el cielo,
muy sonoro el verderol,

muy tranquilo el arroyuelo,
muy cálido y verde el suelo
y muy deslumbrante el sol.

Que están los aires muy flojos
y la cigarra muy loca...
Y baten fuego sus ojos
y esplenden rojos, muy rojos,
los rasguños de su boca.

Por eso escapo a la huerta
febril de luz cual los montes,
y me la dejo en la puerta
con la mirada despierta
besando los horizontes.

(*El Día*, Alicante, sin fecha. Antes del título del poema puede leerse: *Verso del pastor poeta orcelitano.* El original pertenece a don Francisco Giménez Mateo.)

LAS DESIERTAS ABARCAS

Por el cinco de enero,
cada enero ponía
mi calzado cabrero
a la ventana fría.

Y encontraba los días
que derriban las puertas,
mis abarcas vacías,
mis abarcas desiertas.

Nunca tuve zapatos,
ni trajes, ni palabras:
siempre tuve regatos,
siempre penas y cabras.

Me vistió la pobreza,
me lamió el cuerpo el río
y del pie a la cabeza
pasto fui del rocío.

Por el cinco de enero,
para el seis, yo quería
que fuera el mundo entero
una juguetería.

Y al andar la alborada
removiendo las huertas,

mis abarcas sin nada,
mis abarcas desiertas.

Ningún rey coronado
tuvo pie, tuvo gana
para ver el calzado
de mi pobre ventana.

Toda gente de trono,
toda gente de botas
se rió con encono
de mis abarcas rotas.

Rabié de llanto, hasta
cubrir de sal mi piel,
por un mundo de pasta
y unos hombres de miel.

Por el cinco de enero
de la majada mía
mi calzado cabrero
a la escarcha salía.

Y hacia el seis, mis miradas
hallaban en sus puertas
mis abarcas heladas,
mis abarcas desiertas.

(Poema sin fecha, presentado por la *Revista de la Feria*, Albacete, 1962.)

ELEGÍA MEDIA DEL TORO

Aunque no amor, ni ciego, dios arquero,
te disparas de ti, si comunista,
vas al partido rojo del torero.

Heraldos anunciaron tu prevista
presencia, como anuncian a la aurora,
en cuanto la pidieron a la vista.

Tu presteza de Júpiter raptora,
europas cabalgadas acomete:
y a pesar de la que alzan picadora,

oposición de bríos y bonete,
tu inquiridor de sangre, hueso y remo,
"dolorosas" las hace de Albacete.

Una capa te imanta con su extremo,
y el que por un instante la batiera,
te vuelve con temor su polifemo.

Su miedo luminoso a la torera
salta, y por paladines en anillo
solicita refugios de madera.

Invitación de palo y papelillo,
en los medios citándote, te apena
de colorines altos el morrillo.

Como tambor tu piel batida suena,
y tu pata anterior posterioriza
el desprecio rascado de la arena.

Por tu nobleza se musicaliza
el saturno de sol y piedra, en tanto
que tu rabo primero penas iza.

Gallardía de rubio y amaranto,
con la muerte en las manos larga y fina,
oculto su fulgor, visible al canto,

con tu rabia sus gracias origina:
¡cuántas manos se dan de bofetones
cuando la suya junta con tu esquina!

Arrodilla sus iluminaciones;
y mientras todos creen que es por valiente,
por lo bajo te pide mil perdones.

Suspenso tú, te mira por el lente
del acero, y confluye tu momento
de arrancar con su punta mortalmente.

Un datilado y blanco movimiento,
mancos pide un sentido y el azote,
al juez balcón de tu final sangriento.

Por el combo marfil de tu bigote,
te arrastran a segunda ejecutoria.
¡Entre el crimen airoso del capote,

para ti fue el dolor, para él la gloria!

(Ver nuestra encuesta, página 29.)

AL QUE SE VA

Partir es un asunto dolorido
como morir: al muerto y al ausente
ni la fotografía más ferviente
ni las cartas los sacan del olvido.

Te irás del todo tú que ya te has ido
con decir que te vas tan solamente,
y a cada sol te llevará mi frente
con más obstinación descolorido.

En la agonía de la despedida
como un pañuelo el corazón sacudo
y lo lleno de angustia como un puerto.

Silencio y muerte veo en la partida:
si no me has de escribir te doy por mudo
y si no has de volver te doy por muerto.

(Publicado en el nº 1 de la revista *Silbo*, dirigida por Justino Marín —*Gabriel Sijé*—, Orihuela, mayo de 1936. Conservado por don Francisco Giménez Mateo.)

En una copia que me remite don Antonio García-Molina Martínez, abogado en Orihuela que conserva numerosos papeles de M. H., el poema "Al que se va" está precedido por los versos siguientes, dirigidos a Carlos Fenoll, otro animador de la revista *Silbo:*

La espera puntual de la semilla,
parte, cuando tú llegas, a las altas,
de subterraneidad aún amarilla.
¡Oh dedo en puente que a la comba saltas!
Espadas abres negras y peraltas,
bajo tu reja —rápida— mantilla,
si redoblas tambores, digo norias,
corriente de limón, talla de glorias.

Para mi amigo Carlos.
MIGUEL.

A ÁLVARO BOTELLA

Amigo Álvaro Botella
me has puesto en un trance amargo,
pero saldré, sin embargo,
gracias a mi buena estrella.
Un verso se me atropella
tras otro y en ellos digo
que con mi pluma y contigo
te dejo como recuerdo
esta décima de un cuerdo
que está casi loco, amigo.

MIGUEL.

(*Oleza*, Orihuela, junio 1961.
Ver nuestra encuesta, pág. 16.).

CARTAS

A Carlos Fenoll

(Carta-postal, sin fecha, dirigida a Carlos Fenoll, Arriba 5, Orihuela (Alicante). Me ha sido transmitida por don Antonio García-Molina Martínez.)

"Querido Carlos:

Me encuentro fuera de Madrid desde hace varios días, por la provincia de Ciudad Real, ya casi en tierras andaluzas. El otro día he pasado Sierra Morena y no puedes imaginarte qué emoción me ha dado recordar a los bandidos generosos. Ya hablaré contigo mucho en Orihuela. Espérame para pascua. Di a Josefina que no se acongoje por mi llegada. Serenidad. Sé su dolorosa y penosa situación y sé el remedio. Os recuerdo siempre y pronto tendré la gran alegría de estrecharos. Hasta dentro de poco, abrazos.

Miguel."

A Carlos Fenoll

(Carta sin fecha, pero cuyo contenido permite ubicarla en los primeros meses del año 1936. Publicada por la revista *Insula de Madrid*, nº 168, noviembre de 1960, y después por *Oleza*, Orihuela, junio de 1961.)

"Querido Carlos:

Nuevamente ocupada la tinta. Asuntos de imprenta y de mil demonios me han tenido la mano sujeta para no poder escribirte. Recién editado mi libro *El rayo que no cesa*, en cuanto me den ejemplares estará entre vosotros. Incluyo en él la elegía a nuestro compañero, que es de lo más hondo y mejor que he hecho. Es una edición preciosa. Espero poder venderlo todo para poder pagarle a Manuel Altolaguirre, que se me ofreció a editármelo. No he conseguido ver a Bergamín en varios días que le persigo para ver si quiere encargarse de la edición de los trabajos de Sijé. He recogido del Ministerio de Instrucción Pública su ensayo sobre el romanticismo: me lo he leído casi de un tirón, a pesar de tener más de doscientas páginas. Es formidable. Reparo en sus correcciones a pluma, en su dedicatoria a Josefina * y a sus padres, en su ímpetu de

* Hermana de Carlos y Efrén Fenoll y novia de Ramón Sijé. Tras la muerte de éste, ella debía casarse con otro habitué del "horno", Poveda.

vida precipitada y lo siento tan conmigo que vuelvo a dudar y a no creer en su muerte, como siempre. Yo podría hacer que lo editara Altolaguirre —puesto que me ha escrito Pescador diciéndome que habrá subscripciones para cubrir los gastos de edición—, pero como él no tiene linotipia y el componer las páginas a mano resulta más caro, prescindo de él porque quiero que los padres de Pepito obtengan algún dinero. Quiero ver a Bergamín —creo que esta misma noche podré verle— y creo que podré lograr lo que quiero. Me gustaría anticipar un fragmento del ensayo que tengo en mi poder en *Cruz y Raya* y le diré que lo anticipe para mandar a don José algún dinero cuanto antes.

Me ha escrito Poveda y me ha mandado unas cosas muy raras y graciosas: "La choza del ringorrango, del ringorrango que rige"... ¡Qué estupendas palabras para el que tenga trabazón en la lengua! Me ha hecho reír mucho porque me ha recordado aquello de «El perro de San Roque...»"

Dile que me es imposible escribirle, porque son infinidad de cartas las que recibo al cabo de la semana y mi jornal no me da para tanto ni el tiempo me lo permite, que ya hablaremos cuando vaya por ahí y le diré que no se engañe a él mismo.

Estoy a punto de acabar una segunda elegía sobre la muerte de Sijé y en ella la persona a quien me dirijo es tu hermana.

Tengo ya el alma ronca y tengo ronco
el gemido de música traidora...

Arrímate a llorar conmigo a un tronco:
retírate conmigo al campo y llora
a la sangrienta sombra de un granado
desgarrado de amor, como tú ahora.

Caen, desde un cielo gris desconsolado,
caen ángeles cernidos para el trigo
sobre el invierno gris desocupado.

Arrímate, retírate conmigo:
vamos a celebrar nuestros dolores
junto al árbol del campo que te digo.

Panadera de espigas y de flores,
panadera lilial de piel de era,
panadera de panes y de amores...

Siento mucho haberla hecho después de estar publicado mi libro: me hubiera gustado incluirla en él también. Pero creo que pronto la publicaré en cualquier revista. En la de *Occidente* sale también, además de en el libro, la primera, con seis sonetos. Me ha pedido colaboración Ortega y Gasset por carta. Estoy un poco contento en medio de mi tristeza, porque siempre se siente halagada nuestra vanidad por pequeñas cosas, aunque después nos quedemos insatisfechos como siempre.

Me gustaría que me escribiera Josefina cuanto antes. Dile que se decida de una vez y me diga muchas cosas. He tenido una carta de Justino con unos trabajos. Me pide que le diga qué me parecen: yo le diría que no siguiera el camino de su hermano ni mío porque son muchas las penas que cuesta escribir con sangre y muchas las muertes. Tú haces lo mejor cantando hacia dentro de cuando en cuando y no hacia fuera. Pierde la mitad de valor el verso que se dice y gana doble el que se queda en la garganta.

Me acuerdo cada día más de la vida sencilla del pueblo en esta complicada de aquí. No puede uno librarse de chismes literarios y chismosos. Temo acabar siendo yo el peor de todos. Hay mucha mentira en todo, querido Carlos. Estoy sufriendo cada desengaño con amigos que he creído generosos y perfectos... Procuro verme con todos ellos lo menos posible. A veces, ante las situaciones que observo de envidia, rencor, mala intención o veneno, que de todo encuentro, me dan ganas de reírme a cuello tendido, y a veces me dan ganas de soltar bofetadas y mandarlo todo a hacer leches.

Saluda a todos nuestros amigos callejeros: Rosendo, el Mella, Gavira, el Habichuela, Rafalla, José María, el Moya. Vale más un "me cago en..." entre ellos, que un elogio de ninguno de éstos.

Quisiera ir cuanto antes por ahí; ya estarán los almendros de nuestros campos resplandecientes... Por este tiempo íbamos Sijé y yo el año pasado a

verlos juntos; por este tiempo corría yo por la sierra de un lado a otro tirando piedras y bañándome en los barrancos y ahora estoy a esta máquina de escribir que se ríe de mí.

No te aconsejo volver a los tiempos de nuestra cercana adolescencia que nos parece tan lejana. Di a Poveda que ese deseo suyo que le acomete a destiempo es tonto. Vale más hacer un pan que un periódico.

No escribo a mi primo, no escribo a Molina, no escribo a no sé cuántos amigos. Me es imposible por completo repartirme más. No va a quedar nada para mí de mi persona y no hay derecho, ¿verdad? Diles que me perdonen. Saluda a Bascuñana varias veces de mi parte y dale los abrazos que te parezcan convenientes. ¿Has visto en *La Verdad* mi breve escrito a Sijé? Me lo pidió Juan Guerrero hace días.

Abrazos y recuerdos para todos vosotros, tu madre, Efrén, Josefina, Carmen, tu mujer, tu Antoñico. Creo que mi madre se asustó mucho cuando supo lo de la guardia civil: me lo presumía...

Te abraza y te vuelve a abrazar tu amigo que no te olvida nunca.

Miguel."

A los padres de Ramón Sijé

(Carta-postal escrita con lápiz, en la que se ve un sello color violeta: *Censura Militar - Madrid - ¡Arriba España! - ¡Viva Franco!* La dirección es la siguiente: *A José Marín Garrigós, Mayor 27, Orihuela (Alicante).* Dirección del remitente: Miguel Hernández Gilabert, Torrijos 65 —Prisión Provincial—, 4ª Galería, 1ª Sala, Madrid. Proporcionada por don José Martínez Arenas.)

"Queridos padres:

Aquí me encuentro con la gran esperanza de salir pronto y veros buenos de salud y de ánimo. Me acuerdo mucho de vosotros, ahora más que nunca, porque ahora es cuando puedo pensar más largamente en las personas que quiero. Mamá: cuídate mucho, es el mismo consejo que doy a la de la calle Arriba, porque nos haces falta a todos. Hoy ha venido a verme mi cuñado Paco y me ha dado buenas noticias de Josefina y nuestro hijo. Escribidme vosotros a la dirección adjunta y poniendo mi segundo apellido. Justino: ¿qué tal? Papá: me imagino que andarás con alguna dolencia, pero a ninguno nos falta eso. Marilola: a cuidar de la mamá y a rezar con ella por mí, por que no dure esta situación, que aunque no me entristece mucho, tampoco me alegra demasiado. Muchos besos y abrazos para todos de vuestro hijo en nombre de quien lo fue más.

Miguel."

A la familia Fenoll

(Carta enviada el 31 de mayo de 1939 desde la prisión de Torrijos.
Proporcionada por don José Martínez Arenas.)

"Queridos hermanos y primos:

Aquí me tenéis, para cuanto sea necesario, aunque más necesito yo de vosotros: libertad. Pero volveremos a brindar por todo lo que se pierde y se encuentra: la libertad, las cadenas, la alegría y ese cariño oculto que nos arrastra a buscarnos a través de toda la tierra. Josefina: escríbeme y dime de Poveda. Él va a todas partes y al fin nos encontraremos en una cualquiera: tu casa, la mía, el mundo entero. Escribidme, Carlos, Ascensión, y decidme muchas cosas para sentirme más acompañado aquí. Habladme de vuestro hijo, del horno, Efrén: de Orihuela, de Justino, del río ese que nos sigue arrullando desde lejos. Ya en Portugal, cerca de Lisboa, he tenido que regresar a España cuando empezaba a hablar en portugués. ¡Qué pena! Pero como sabéis, todo pasa, aunque no se olvida todo. Ahora, por ejemplo, revive en mí aquel mediodía casi reciente y ya lejano en que nos despedimos con la alegría que nadie puede arrancarnos del corazón. Queridos hermanos y primos de mi alma, adiós con grandes abrazos y besos.

Miguel."

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Miguel Hernández 5
Paisaje de Orihuela 16
Orihuela. La calle San Juan y el convento 17
Orihuela. Calle Arriba: arco con capilla a la Virgen de Monserrat y casa de Miguel Hernández 24
La casa de Miguel Hernández, 73, calle Arriba 25
El patio y el establo 32
El jardín de Miguel 33
Orihuela. El padre del poeta en compañía de Carlos Fenoll 33
En compañía de su hermana Elvira y de su sobrina (Madrid, 1934) 33
En Orihuela (1936) 48
Miguel Hernández leyendo su alocución el día de la inauguración de la Plaza Ramón Sijé (Orihuela, 14 de abril de 1936) 49
En la cima de la Muela de Orihuela (1936) 64
Orihuela. Calle Ramón y Cajal: lugar donde Miguel Hernández fue reconocido y arrestado, el 29 de septiembre de 1939 65
Miguel, cabrero, en su "barraca" de la huerta de Orihuela 96
En la época de sus *Poemas de Orihuela* 97

Quedo agradecido a todos mis amables amigos de Orihuela que han tenido a bien confiarme las fotografías inéditas que poseen y que ilustran esta obra; y en particular a Vicente Hernández, Antonio García-Molina Martínez, Marcos Peralta y Manuel Terrés Cubí.

ÍNDICE

Orihuela y el recuerdo de Miguel Hernández 9
Dos documentos 63
Poemas de Orihuela (1930-1931) 69
Pastoril 71
Soneto 74
Al verla muerta 75
Nocturna 77
¡Marzo viene...! 80
El Nazareno 82
"Flor del arroyo" 83
Amorosa 86
Oriental 88
Horizontes de mayo 90
Sueños dorados 92
Amores que se van 95
Ofrenda 98
Motivos de leyenda 100
Interrogante 103
El alma de la huerta 106
La Reconquista 110
A la señorita 115
Postrer sueño 117
Es tu boca 121
Plegaria 122
Balada de la juventud 125
Poesía 128
Contemplad... 131
Insomnio 135
Tarde de domingo 137
Lluvia... 139
La procesión huertana 141

El palmero 144
Ancianidad 145
A todos los oriolanos 146
Canto a Valencia 152
Juan Sansano 157
Siesta 160
Otros poemas 163
Romancillo de mayo 165
Sed... 167
Las desiertas abarcas 170
Elegía media del toro 172
Al que se va 174
A Carlos Fenoll 175
A Álvaro Botella 176
Cartas 177
A Carlos Fenoll 179
A Carlos Fenoll 180
A los padres de Ramón Sijé 185
A la familia Fenoll 186
Índice de ilustraciones 187

Más de dos décadas después de la muerte del gran poeta, un destacado hispanista francés, enamorado de España y de sus más auténticas manifestaciones, recorre su ciudad natal en busca del rastro de su presencia. Como lo había hecho tan brillantemente en **Granada y García Lorca**, Claude Couffon no se limita a recoger una documentación inerte: en sus páginas va formándose la presencia viva de un poeta para quien su suelo y las gentes que lo pueblan fueron la sustancia misma de su poesía. Familiares, amigos, aun simples testigos de su paso por el mundo, mezclan sus voces a los textos inéditos agrupados por el profesor Couffon para componer esta imagen plena e intensa de Miguel Hernández. Es por ello que no sólo los estudiosos de la poesía española contemporánea saludarán alborozados la aparición de **Orihuela y Miguel Hernández**; todos los lectores a quienes el tiempo sólo ha confirmado la primacía del autor de **El rayo que no cesa** y **Perito en lunas** descubrirán en el recuerdo de los habitantes de Orihuela, en el perfume de la Huerta y en el blanco perfil de sus casas, al hombre Miguel Hernández y las raíces de una de las más puras poesías de nuestro idioma.